

a las leyes justas y el respeto a los poderes legítimamente constituidos" (*Christus Dominus*, 19).

8. Hablando de la misión y de las tareas de los obispos, el Concilio aborda también la cuestión de los obispos instituidos como *auxiliares* del obispo *diocesano*: "para procurar debidamente el bien de la grey, algunas veces han de ser nombrados obispos auxiliares, porque el obispo diocesano no puede desempeñar por sí mismo, tal como lo pide el bien de las almas, todas las funciones episcopales, ora por la excesiva extensión de la diócesis o el excesivo número de sus habitantes, ora por las peculiares circunstancias del apostolado o por otras causas de distinta índole. Es más, alguna vez, una necesidad especial pide que se nombre un obispo *coadjutor* en ayuda del propio obispo diocesano" (*Christus Dominus*, 25). El Obispo *coadjutor* es nombrado por norma con derecho a sucesión del obispo *diocesano* en funciones. Pero más allá de la distinción de naturaleza canónica, está el principio al que se refiere el texto conciliar: el "bien de las almas". Todo y siempre se debe disponer y realizar según la "suprema ley" que es la "salvación de las almas".

9. Con miras a este bien se explican asimismo las sucesivas leyes conciliares: "Como las necesidades pastorales requieren más y más que determinadas funciones

pastorales se rijan y promuevan concordemente, conviene que, en servicio de todas o de varias diócesis de una región o nación determinada, se constituyan algunos organismos que pueden también encomendarse a los obispos" (*Christus Dominus*, 42). Quien observa la realidad estructural y pastoral de la Iglesia de hoy en los diferentes países del mundo puede darse cuenta fácilmente de la realización de estas leyes en no pocos organismos creados por los obispos o por la misma Santa Sede antes y después del Concilio, en particular para las actividades misioneras, asistenciales y culturales. Un caso típico y bien conocido es el de la *asistencia espiritual a los militares*, para la cual el Concilio dispone la institución de especiales ordinarios, según la práctica adoptada por la Sede Apostólica desde hace mucho tiempo: "Como se debe especial solicitud al cuidado espiritual de los soldados por las peculiares condiciones de su vida, eríjase en cada nación, según se pudiere, un vicariato castrense" (*Christus Dominus*, 43).

10. En estos nuevos ámbitos de actividad, a menudo complejos y difíciles, pero también en el normal cumplimiento de la misión pastoral en cada una de las diócesis confiadas a ellos, los obispos tienen necesidad de unión y colaboración entre sí, en espíritu de caridad fraterna y solidaridad apostólica, como miembros del colegio

episcopal en la realización concreta de sus tareas grandes y pequeñas de cada día. También ésta es una declaración del Concilio: "Señaladamente en los tiempos modernos, no es raro que los obispos no puedan cumplir debida y fructuosamente su cargo si no unen cada día más estrechamente con otros obispos su trabajo concorde y mejor trabado" (*Christus Dominus*, 37).

Como se ve, la unión y la colaboración se señalan siempre como *eleje central del trabajo pastoral*. Se trata de un principio eclesiológico al que tenemos que ser cada vez más fieles si queremos la "edificación del cuerpo de Cristo", tal como la quiso san Pablo (cf. *Ef* 4, 12; *Col* 2, 19; *1 Co* 12, 12ss; *Rm* 12, 4-5, etc.) y con él todos los auténticos pastores de la Iglesia a lo largo de los siglos.

"HERALDOS DE LA FE" EN LA PREDICACION DEL EVANGELIO

1. El concilio Vaticano II describió la misión de los obispos no sólo como colegio, sino también como pastores asignados personalmente a las diversas diócesis. Queremos considerar ahora los elementos esenciales de esta misión, tal como los expone el mismo concilio. El primer elemento es el de la predicación autorizada y responsable de la palabra de Dios. El Concilio dice: "Entre los principales oficios de los obispos se destaca la predicación del Evangelio" (*Lumen gentium*, 25).

Es la primera función de los obispos, a quienes se confía, como a los Apóstoles, la *misión pastoral del anuncio de la palabra de Dios*. La Iglesia, hoy más que nunca, tiene viva conciencia de la necesidad de la proclamación de la buena nueva, tanto para la salvación de las almas como para la difusión y el establecimiento del propio organismo comunitario y social, y recuerda las palabras de san Pablo: "Pues todo el que invoque el nombre del Señor se salvará. Pero ¿cómo invocarán a aquel en quien no han creído? ¿Cómo creerán en aquel a quien no han oído? ¿Cómo oirán sin que se les predique? Y cómo predicarán si no son enviados? Como dice la Escritura: Cuán hermosos los pies de los anuncian el bien! (*Rm* 10, 13-15).

2. Por este motivo, el Concilio dice que "los obispos son heraldos de la fe" y que, como tales, hacen que la fe del pueblo de Dios crezca y dé fruto (cf. *Lumen gentium*, 25).

El Concilio enumera, después, las *tareas de los obispos* con vistas a esta función principal de ser "heraldos": proveer a la instrucción religiosa de jóvenes y adultos; predicar la verdad revelada, el misterio de Cristo, en su totalidad e integridad; recordar la doctrina de la Iglesia, especialmente sobre los puntos más expuestos a dudas o críticas. En efecto, leemos en el decreto *Christus Dominus*: "En el ejercicio de su deber de enseñar, anuncien a los hombres el evangelio de Cristo, deber que descuellan entre los principales de los obispos, llamándolos a la fe por la fortaleza del Espíritu o afianzándolos en la fe viva; propónganles el misterio íntegro de Cristo, es decir, aquellas verdades cuya ignorancia es ignorancia de Cristo, e igualmente el camino que ha sido revelado por Dios para glorificarle, y por eso mismo para alcanzar la bienaventuranza eterna" (n. 12).

El Concilio exhorta, además, a los obispos a presentar esta doctrina *de modo adecuado a las necesidades de los tiempos*: "Expongan la doctrina cristiana de manera acomodada a las necesidades de los tiempos, es decir, que responda a las dificultades y problemas que agobian y angustian señaladamente a los hombres, y miren también por esa misma doctrina, enseñando a los fieles mismos a defenderla y propagarla" (ib., 13).

3. Entra en el ámbito de la predicación, a la luz del ministerio de Cristo, la necesidad de la enseñanza sobre el valor verdadero del hombre, de la persona humana y también de las "cosas terrenas". De hecho, el Concilio recomienda: "Muéstrenles, además, que... las mismas cosas terrenas y las instituciones humanas se ordenan también a la salvación de los hombres, y, por ende, pueden contribuir no poco a la edificación del cuerpo de Cristo. Enseñen, consiguientemente, hasta qué punto, según la doctrina de la Iglesia, haya de ser estimada la persona humana con su libertad y la vida misma del cuerpo; la familia y su unidad y estabilidad y la procreación y educación de la prole; la sociedad civil con sus leyes y profesiones; el trabajo y el descanso, las artes e inventos técnicos; la pobreza y la abundancia de riquezas; expongan, finalmente, los modos como hayan de resolverse los gravísimos problemas acerca de la posesión, incremento y recta distribución de los bienes materiales, sobre la guerra y la paz y la fraterna convivencia de todos los pueblos" (ib., 12).

Se trata de la dimensión histórico-social de la predicación, y del

mismo evangelio de Cristo transmitido por los Apóstoles con su predicación. No hay que maravillarse de que el interés por el aspecto histórico y social del hombre ocupe hoy mayor espacio en la predicación, aunque ésta tiene que realizarse siempre en el ámbito religioso y moral que le es propio. La solicitud por la condición humana, agitada y afligida actualmente en el plano económico, social y político, se traduce en el esfuerzo constante de llevar a los hombres y a los pueblos el auxilio de la luz y de la caridad evangélicas.

4. *Los fieles deben responder a la enseñanza de los obispos adhiriéndose a ella con espíritu de fe*: "los obispos -dice el Concilio-, cuando enseñan en comunión con el Romano Pontífice, deben ser respetados por todos como testigos de la verdad divina católica; los fieles, por su parte, en materia de fe y costumbres, deben aceptar el juicio de su obispo, dado en nombre de Cristo, y deben adherirse a él con religioso respeto" (*Lumen Gentium*, 25).

Como se puede ver, el Concilio precisa que la condición esencial del valor y de la obligatoriedad de la enseñanza de los obispos es que estén y hablen en comunión con el Romano Pontífice. Sin duda alguna todo obispo tiene su propia personalidad y propone la doctrina del Señor sirviéndose de las capacidades de que dispone; pero precisamente porque se trata de predicar la doctrina del Señor confiada a la Iglesia, debe mantenerse siempre en comunión de pensamiento y de corazón con la cabeza visible de la Iglesia.

5. Cuando los obispos en la Iglesia enseñan universalmente como definitiva una doctrina de fe o de moral, su magisterio goza de *una autoridad infalible*. Es otra afirmación del Concilio: "Aunque cada uno de los prelados no goce por sí de la prerrogativa de la infalibilidad, sin embargo, cuando, aun estando dispersos por el orbe, pero manteniendo el vínculo de comunión entre sí y con el Sucesor de Pedro, enseñando auténticamente en materia de fe y costumbres, convienen en que una doctrina ha de ser tenida como definitiva, en ese caso proponen infaliblemente la doctrina de Cristo. Pero todo esto es realizado con mayor claridad cuando, reunidos en concilio ecuménico, son para la Iglesia universal los maestros y jueces de la fe y costumbres, a cuyas definiciones hay que adherirse con la sumisión de la fe" (ib., 25).

6. *El Romano Pontífice*, como cabeza del colegio de los obispos, *goza personalmente de esta infalibilidad*, que trataremos en una próxima catequesis. Por ahora completemos la lectura del texto conciliar acerca de

los obispos: "La infalibilidad prometida a la Iglesia reside también en el Cuerpo de los obispos cuando ejerce el supremo magisterio en unión con el Sucesor de Pedro. A estas definiciones nunca puede faltar el asenso de la Iglesia por la acción del mismo Espíritu Santo, en virtud de la cual la grey toda de Cristo se mantiene y progresa en la unidad de la fe" (*ib.*, 25).

El Espíritu Santo, que garantiza la verdad de la enseñanza infalible del Cuerpo de los Obispos, favorece también con su gracia el asenso a la fe de la Iglesia. La comunión en la fe es obra del Espíritu Santo, alma de la Iglesia.

7. El Concilio afirma también: "Esta infalibilidad que el divino Redentor quiso que tuviese su Iglesia cuando define la doctrina de fe y costumbres, se extiende tanto cuanto abarca el depósito de la Revelación... Mas cuando el Romano Pontífice o el Cuerpo de los obispos juntamente con él definen una doctrina, lo hacen siempre de acuerdo con la misma Revelación, a la cual deben atenerse y conformarse todos, y la cual es íntegramente transmitida por escrito o por tradición a través de la sucesión legítima de los obispos, y especialmente por cuidado del mismo Romano Pontífice, y, bajo la luz del Espíritu de verdad, es santamente conservada y fielmente expuesta en la Iglesia" (*ib.*, 25).

8. Por último, el Concilio asegura: "El depósito de la Revelación... debe ser custodiado santamente y expresado con fidelidad" (*ib.*, 25).

Todo el Cuerpo de los obispos, por consiguiente, unido al Romano Pontífice tiene la responsabilidad de *custodiar constantemente y fielmente el patrimonio de la verdad*, que Cristo confió a su Iglesia. *Depositum custodi*, recomendaba san Pablo a su discípulo Timoteo (1 Tm 6, 20), a quien había confiado el cuidado pastoral de la Iglesia de Efeso (cf. 1 Tm 1, 3). Todos nosotros, obispos de la Iglesia católica, debemos sentir esta responsabilidad. Todos sabemos que, si somos fieles en la custodia de este "depósito", tendremos siempre la posibilidad de conservar íntegra la fe del pueblo de Dios y asegurar la divulgación de su contenido en el mundo actual y en la generaciones futuras.

ADMINISTRADORES DE LA GRACIA DEL SUPREMO SACERDOCIO

1. Hablando de las funciones del obispo, el concilio Vaticano II atribuye al obispo mismo un hermoso título, tomado de la oración de consagración episcopal en el rito bizantino: "El obispo, por estar revestido de la plenitud del sacramento del orden, es *"el administrador de la gracia del supremo sacerdocio"* (*Lumen gentium*, 26). Ese es el tema que desarrollaremos en la catequesis de hoy. Está relacionado con el de la catequesis anterior acerca de los "obispos, heraldos de la fe". En efecto el servicio del anuncio del Evangelio está ordenado al servicio de la gracia de los santos sacramentos de la Iglesia. Como ministro de la gracia el obispo actúa en los sacramentos el *munus sanctificandi*, al que se orienta el *munus docendi*, que realiza en medio del pueblo de Dios que se le ha confiado.

2. En el centro de este servicio sacramental del obispo se encuentra la Eucaristía, "que él mismo celebra o procura que sea celebrada" (*ib.*). Enseña el Concilio: "Toda legítima celebración de la Eucaristía es dirigida por el obispo, a quien ha sido confiado el oficio de ofrecer a la divina Majestad el culto de la religión cristiana y de

reglamentarlo en conformidad con los preceptos del Señor y las leyes de la Iglesia, precisadas más concretamente para su diócesis según su criterio" (*ib.*).

Así, el obispo aparece a los ojos de su pueblo sobre todo como el *hombre del culto nuevo y eterno a Dios*, instituido por Jesucristo con el sacrificio de su cruz y de la última cena; como el *sacerdos et pontifex*, del que se trasluce la figura misma de Cristo, el principal agente del sacrificio eucarístico, que el obispo, y con él el presbítero, realiza *in persona Christi* (cf. santo Tomás, *summa Theologiae*, III, q. 78, a. 1; q. 82, a. 1); y como el *jerarca*, que se ocupa de realizar los sagrados misterios del altar, que anuncia y explica con su predicación (cf. Dionisio Pseudo-areopagita, *De Ecclesiastica hierarchia*, p. III, 7; PG 3, 513; santo Tomás, *summa Theologiae*, II-II, q. 184, a. 5).

3. En su función de administrador de los misterios sagrados, el obispo es el *constructor de la Iglesia* como comunión en Cristo, pues la Eucaristía es el principio esencial de la vida, no sólo de los simples fieles, sino también de la

misma comunidad en Cristo. Los fieles, reunidos mediante la predicación del evangelio de Cristo, forman comunidades en las que está realmente presente la Iglesia de Cristo, porque encuentran y demuestran su plena unidad en la celebración del sacrificio eucarístico. Leemos en el Concilio: "En toda comunidad de altar, bajo el sagrado ministerio del obispo, se manifiesta el símbolo de aquella caridad y unidad del Cuerpo místico, sin la cual no puede haber salvación" (cf. santo Tomás, *Summa Theologiae*, III, q. 73, a. 3). En estas comunidades, aunque con frecuencia sean pequeñas y pobres o vivan en la dispersión, está presente Cristo, por cuya virtud se congrega la Iglesia una, santa, católica y apostólica, pues "la participación del cuerpo y sangre de Cristo hace que pasemos a ser aquello que recibimos" (san León Magno, *Serm.* 63, 7; PL 54, 357 c)" (*Lumen gentium*, 26).

4. De ahí se sigue que, entre las tareas fundamentales del obispo, se encuentra la de proveer a la celebración eucarística en las diversas comunidades de su diócesis, según las posibilidades de los tiempos y lugares, recordando la afirmación de Jesús: "En verdad, en verdad os digo: si no coméis la carne del Hijo del hombre, y no bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros" (Jn 6, 53).

Son de todos conocidas las

dificultades que se encuentran en muchos territorios, tanto de las nuevas como de las antiguas Iglesias cristianas, para satisfacer esta necesidad, por falta de sacerdotes y por otras razones. Pero eso hace que el obispo, que conoce su propia tarea de organizar el culto de la diócesis, esté aún más atento al problema de las vocaciones y de la sabia distribución del clero de que dispone. Es necesario lograr que el mayor número posible de fieles tenga acceso al cuerpo y la sangre de Cristo en la celebración eucarística, que culmina en la comunión. Corresponde al obispo preocuparse también de los enfermos o minusválidos, que sólo pueden recibir la Eucaristía en su domicilio o donde se encuentran reunidos para su curación. Entre todas las exigencias del ministerio pastoral, el compromiso de la celebración y de lo que pudiéramos llamar el apostolado de la Eucaristía es el más urgente e importante.

5. Lo que acabamos de decir con respecto a la santísima Eucaristía se puede repetir refiriéndonos al conjunto del servicio sacramental y de la vida sacramental de la diócesis. Como leemos en la constitución *Lumen gentium*: los obispos "disponen la administración del bautismo, por medio del cual se concede la participación en el sacerdocio regio de Cristo. Ellos son los ministros originarios de la confirmación, los dispensadores de las sagradas órdenes y los

moderadores de la disciplina penitencial; y ellos solícitamente exhortan e instruyen a sus pueblos para que participen con fe y reverencia en la liturgia y, sobre todo, en el santo sacrificio de la misa" (n. 26).

6. En este texto conciliar se establece una distinción entre el bautismo y la confirmación, dos sacramentos cuya diferencia tiene su fundamento en el acontecimiento, narrado por los *Hechos de los Apóstoles*, según el cual los Doce, aún reunidos en Jerusalén, al escuchar que "Samaria había aceptado la palabra de Dios", enviaron allá a Pedro y a Juan, los cuales "bajaron y oraron por ellos para que recibieran el Espíritu Santo; pues todavía no había descendido sobre ninguno de ellos; únicamente habían sido bautizados en el nombre del Señor Jesús. Entonces les imponían las manos y recibían el Espíritu Santo" (*Hch* 8, 14-17; cf. 1, 5; 2, 38).

La imposición de las manos por parte de los Apóstoles para transmitir el "don del Espíritu" que los *Hechos* llaman también "don de Dios" (*Hch* 8, 20; cf. 2, 38; 10, 45; 11, 17; cf. Lc 11, 9-13), está asimismo en el origen de la tradición de la Iglesia occidental que conserva y reserva al obispo el papel ministerial de la confirmación. Como sucesor de los Apóstoles, el obispo es ministro ordinario de este sacramento, y es también

su ministro *originario*, porque el crisma (la materia), que es un elemento esencial del rito sacramental, sólo puede ser consagrado por el obispo.

Por lo que atañe al bautismo, que de forma habitual el obispo no administra personalmente, es preciso recordar que también este sacramento entra dentro de la reglamentación práctica establecida por él.

7. Otra tarea de los obispos es la de ser "dispensadores de las sagradas órdenes y moderadores de la disciplina penitencial", como dice el Concilio al trazar el cuadro de su responsabilidad pastoral. Cuando ese texto conciliar afirma que el obispo es dispensador de las *sagradas órdenes* quiere decir que tiene el poder de "ordenar", pero, dado que este poder está vinculado a la misión pastoral del obispo, tiene también, como ya hemos dicho, la responsabilidad de promover el desarrollo de las vocaciones sacerdotales y proveer a la buena disciplina de los candidatos al sacerdocio.

Como moderador de la *disciplina penitencial*, el obispo regula las condiciones de la administración del sacramento del perdón. De modo particular, recordemos que tiene la tarea de procurar a los fieles el acceso a este sacramento poniendo a su disposición confesores.

8. El Concilio, por último, pone ante los obispos la necesidad de ser *ejemplos y modelos de vida cristiana*: "deben edificar a sus súbditos con el ejemplo de su vida, guardando su conducta de todo mal y, en la medida que puedan y con la ayuda de Dios transformándola en bien, para llegar, juntamente con la grey que les ha sido confiada, a la vida eterna" (*Lumen gentium*, 26).

Se trata del ejemplo de una vida plenamente orientada según las virtudes teologales: fe, esperanza y caridad. Se trata de toda una manera de vivir y actuar basada en el poder de la gracia divina: un modelo que contagia, que atrae, que persuade, que responde verdaderamente a las recomendaciones de la primera *carta de san Pedro*: "Apacenta la grey de Dios que os está encomendada, vigilando, no forzados, sino voluntariamente, según Dios; no por mezquino afán de ganancia, sino de corazón; no tiranizando a los que os ha tocado cuidar, sino siendo modelos de la grey" (5, 2-3).

9. Es especialmente importante este último punto, que se refiere al desinterés personal, a la solicitud por los pobres, a la entrega total al bien de las almas y de

la Iglesia. Es el ejemplo que, según los *Hechos de los Apóstoles*, daba Pablo, que podía decir de sí mismo: "En todo os he enseñado que es así, trabajando, como se debe socorrer a los débiles y que hay que tener presentes las palabras del Señor Jesús, que dijo: Mayor felicidad hay en dar que en recibir" (20, 35). En la segunda *carta a los Tesalonicenses* escribía también: "Día y noche con fatiga y cansancio trabajamos para no ser una carga a ninguno de vosotros. No porque no tengamos derecho, sino por daros en nosotros un modelo que imitar" (3, 8-9). Y podía, finalmente, exhortar a los Corintios: "Sed mis imitadores, como lo soy de Cristo" (1 Co 11, 1).

10. Es una misión grande y ardua la del obispo, "administrador de la gracia". No puede cumplirla sin la oración. Concluyamos, pues, diciendo que *la vida del obispo está compuesta de oración*. No sólo se trata de dar el "testimonio de la oración", sino de una vida interior animada por el espíritu de oración como fuente de todo su ministerio. Nadie es más consciente que el obispo del significado de las palabras de Cristo a los Apóstoles y, a través de ellos, a sus sucesores: "separados de mí no podéis hacer nada" (Jn 15, 5).

EL SERVICIO PASTORAL DE LOS OBISPOS

1. Además del servicio *profético y sacramental* de los obispos, que hemos analizado en las catequesis precedentes existe un servicio *pastoral*, acerca del cual leemos en el concilio Vaticano II: "Los obispos rigen, como vicarios y legados de Cristo, las Iglesias particulares que les han sido encomendadas, con sus consejos, con sus exhortaciones, con sus ejemplos, pero también con su autoridad y sacra potestad, de la que usan únicamente para edificar a su grey en la verdad y en la santidad, teniendo en cuenta que el que es mayor ha de hacerse como el menor, y el que ocupa el primer puesto, como el servidor (cf. Lc 22, 26-27)" (*Lumen gentium*, 27).

Es una enseñanza admirable, que se apoya en este principio fundamental: *en la Iglesia la autoridad tiene como finalidad la edificación*. Así la concebía san Pablo que, escribiendo a los Corintios hablaba de "ese poder nuestro que el Señor nos dió para edificación vuestra y no para ruina" (2 Co 10, 8). Y a los mismos miembros de esa Iglesia tan querida para él les manifestaba la esperanza de no tener que actuar con severidad "conforme al poder que me otorgó el Señor para edificar y no para destruir" (2 Co 13, 10).

Esta finalidad de edificación exige por parte del obispo *paciencia e indulgencia*. Se trata de "edificar a su grey en la verdad y en la santidad", como dice el Concilio: verdad de la doctrina evangélica y santidad como la vivió, quiso y propuso Cristo.

2. Se debe insistir en el concepto de "servicio", que se puede aplicar a todo "ministerio" eclesiástico, comenzando por el de los obispos. Sí, el episcopado es más un servicio que un honor. Y, si es también un honor, lo es cuando el obispo, sucesor de los Apóstoles, sirve con espíritu de humildad evangélica, a ejemplo del Hijo del hombre, que advierte a los Doce: "el mayor entre vosotros sea como el más joven y el que gobierna como el que sirve" (Lc 22, 26). "El que quiera ser el primero entre vosotros, será esclavo de todos, que tampoco el hijo del hombre ha venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida como rescate por muchos" (Mc 10, 44-45; cf. Mt 20, 27-28).

3. En el decreto *Christus Dominus*, el Concilio añade: "En el ejercicio de su oficio de padre y pastor sean los obispos en medio de los suyos como los que sirven; buenos pastores, que conocen a sus ovejas y a quienes ellas también conocen; verdaderos padres que se distinguen por el espíritu de amor y solicitud para con todos, y a cuya autoridad, conferida, desde luego, por Dios, todos se someten de buen grado. De tal manera congreguen y formen a la familia entera de su grey, que todos, conscientes de sus deberes, vivan y actúen en comunión de caridad" (n. 16).

4. A esta luz del servicio como "buenos pastores" se debe entender la autoridad que el obispo posee como *propia*, aunque esté siempre sometida a la del Sumo Pontífice. Leemos en la constitución *Lumen gentium* que "Esta potestad que personalmente ejercen (los obispos) en nombre de Cristo es propia, ordinaria e inmediata, aunque su ejercicio esté regulado en definitiva por la suprema autoridad de la Iglesia y pueda ser circunscrito dentro de ciertos límites con miras a la utilidad de la Iglesia o de los fieles. En virtud de esta potestad, los obispos tienen el sagrado derecho, y ante Dios el deber, de legislar sobre sus súbditos, de juzgarlos y de regular todo cuanto pertenece a la organización del culto y del apostolado" (n. 27).

Se trata ciertamente, de verdadera autoridad, que debe ser rodeada de respeto, y a la que se deben mostrar dóciles y obedientes tanto el clero como los fieles, en el campo del gobierno eclesial. Con todo, es siempre una autoridad en función pastoral.

5. De este cuidado pastoral de su grey, que implica una correlativa responsabilidad personal para el desarrollo de la vida cristiana del pueblo a ellos confiado, el Concilio dice que a los obispos "se les confía el cuidado habitual y cotidiano de sus ovejas, y no deben considerarse como vicarios de los Romanos Pontífices, ya que ejercen potestad propia y son, en verdad, los jefes de los pueblos que gobiernan" (ib.).

Como se ve, el Concilio no duda en afirmar que a cada obispo corresponde una verdadera autoridad sobre su diócesis, o Iglesia local. Pero subraya con fuerza también el otro punto fundamental para la unidad y la catolicidad de la Iglesia, a saber, la comunión "*cum Petro*" de todo obispo y de todo el "*corpus Episcoporum*", que es también comunión "*sub Petro*", en virtud del principio eclesiológico (que a veces se tiende a ignorar), según el cual el ministerio del sucesor de Pedro pertenece a la esencia de toda la Iglesia particular como "desde dentro", o sea, como una exigencia de la misma constitución de la Iglesia, y no como algo

superpuesto desde fuera, tal vez por razones históricas, sociológicas o prácticas. No es una cuestión de adaptación a las condiciones de los tiempos, sino de fidelidad a la voluntad de Cristo sobre su Iglesia. La fundación de la Iglesia sobre la roca de Pedro, el atribuir a Pedro un primado, que se prolonga en sus sucesores como obispos de Roma, comporta la vinculación con la Iglesia universal y con su centro en la Iglesia romana, como elemento constitutivo de la Iglesia particular y condición de su mismo ser Iglesia. Este es el eje fundamental de una buena teología de la Iglesia local.

6. Por otra parte, la potestad de los obispos *no se ve amenazada* por la del Romano Pontífice. Como dice el Concilio: "su potestad no es anulada por la potestad suprema y universal, sino que, por el contrario, es afirmada, robustecida y defendida, puesto que el Espíritu Santo mantiene indefectiblemente la forma de gobierno que Cristo Señor estableció en su Iglesia" (ib.).

De ahí se sigue que las relaciones entre los obispos y el Papa no pueden por menos de ser relaciones de cooperación y ayuda recíproca, en un clima de amistad y confianza fraterna, como se puede descubrir y, más, experimentar en la realidad eclesial actual.

7. A la autoridad del obispo corresponde la responsabilidad de pastor, por la cual se siente comprometido, a ejemplo del buen Pastor, a dar su vida, cada día, por el bien de la grey. Asociado a la cruz de Cristo, está llamado a ofrecer muchos sacrificios personales por la Iglesia. En esos sacrificios se hace concreto su compromiso de caridad perfecta, al que está llamado por el mismo *status* en que lo ha colocado la consagración episcopal. En eso consiste la espiritualidad episcopal específica, como imitación suprema de Cristo, buen pastor, y participación máxima en su caridad.

El obispo está, por consiguiente, llamado a imitar a Cristo pastor, dejándose guiar por la caridad para con todos. El Concilio recomienda de modo especial la disponibilidad a la escucha: "No se niegue a oír a sus súbditos, a los que, como a verdaderos hijos suyos, alimenta y a quienes exhorta a cooperar animosamente con él" (ib.). Deben resaltar en el obispo todas las cualidades que se necesitan para la comunicación y la comunión con sus hijos y hermanos: la comprensión y compasión hacia las miserias espirituales y corporales; el deseo de ayudar y socorrer, estimular y desarrollar la cooperación; y, sobre todo, el amor universal, sin excepciones, ni restricciones o reservas.

8. Todo eso, según el Concilio, debe realizarse especialmente en la actitud del obispo para con sus hermanos en el sacerdocio ministerial: "Abracen siempre con particular caridad a los sacerdotes, ya que éstos asumen parte de sus deberes y solicitud, que tan celosamente cumplen con diario cuidado, teniéndolos por hijos y amigos, y, por tanto, prontos siempre a oírlos, y fomentando la costumbre de comunicarse confidencialmente con ellos, esfuércense en promover el entero trabajo pastoral de toda la diócesis" (*Christus Dominus*, 16).

Pero el Concilio recuerda también las tareas de los pastores con respecto a los laicos: "En el ejercicio de esta solicitud pastoral respeten a sus fieles la participación que les corresponde en las cosas de la Iglesia, reconociendo su deber y también su derecho de cooperar activamente en la edificación del Cuerpo místico de Cristo" (*ib.*).

Y añade una nota sobre la dimensión universal de este amor que debe animar el *ministerio episcopal*: "Amen a los hermanos separados, encareciendo también a los fieles que se porten con ellos con humanidad y caridad, fomentando también el ecumenismo tal como lo entiende la Iglesia. Lleven también en su corazón a los no bautizados, a fin de que también para ellos amanezca esplendorosamente la caridad de Jesucristo, cuyos testigos son los obispos delante de todos" (*ib.*).

9. De los textos del Concilio se desprende, por tanto, una imagen del obispo que destaca en la Iglesia por la grandeza de su ministerio y la nobleza de su espíritu de buen pastor. Su situación lo compromete a deberes exigentes y arduos, y a elevados sentimientos de amor a Cristo y a sus hermanos. Es una misión y una vida difícil, de forma que también por esto todos los fieles deben tener hacia el obispo amor, docilidad y colaboración para la llegada del reino de Dios.

A este respecto, concluye muy bien el Concilio: "Los fieles, por su parte, deben estar unidos a su obispo como la Iglesia a Jesucristo, y como Jesucristo al Padre, para que todas las cosas se armonicen en la unidad y crezcan para gloria de Dios (cf. 2 Co 4, 15)" (*Lumen gentium*, 27).

PEDRO Y SUS SUCESOSES, CIMIENTO DE LA IGLESIA DE CRISTO

1. Hemos visto que, según la enseñanza del Concilio, que resume la doctrina tradicional de la Iglesia, existe un "cuerpo episcopal, que sucede al colegio de los Apóstoles en el magisterio y en el régimen pastoral" y que, más aún, este *colegio episcopal* "como continuación del cuerpo apostólico, junto con su cabeza, el Romano Pontífice, y nunca sin esta cabeza, es también sujeto de la suprema y plena potestad sobre la Iglesia universal, si bien no puede ejercer dicha potestad sin el consentimiento del Romano Pontífice" (*Lumen gentium*, 22).

Este texto del concilio Vaticano II nos habla del ministerio petrino del Obispo de Roma en la Iglesia, en cuanto cabeza del colegio episcopal. A este aspecto tan importante y sugestivo de la doctrina católica le dedicaremos la serie de catequesis que hoy comenzamos, proponiéndonos hacer una exposición clara y razonada, en la que el sentimiento de la modestia personal se una al de la responsabilidad que deriva del mandato de Jesús a Pedro y, en particular, de la respuesta del Maestro divino a su profesión de fe, en las cercanías de Cesarea de Filipo (*Mt 16, 13-19*).

2. Volvamos a examinar el texto y el contexto de ese importante diálogo, que nos trasmite el evangelista Mateo. Después de haber preguntado: "¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del hombre?" (*Mt 16, 13*), Jesús hace una pregunta más directa a sus Apóstoles: "¿Y vosotros quién decís que soy yo?" (*Mt 16, 15*). Ya es significativo el hecho de que sea precisamente Simón el que responda en nombre de los Doce: "Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo" (*Mt 16, 16*). Se podría pensar que Simón actúa como portavoz de los Doce, por estar dotado de una personalidad más vigorosa e impulsiva. Tal vez, de alguna manera, también ese factor influyó algo. Pero Jesús atribuye la respuesta a una revelación especial hecha por el Padre celeste: Bienaventurado eres Simón, hijo de Jonás, porque no te ha revelado esto la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos" (*Mt 16, 17*). Más allá y por encima de todos los elementos vinculados al temperamento, al carácter, al origen étnico o a la condición social ("la carne y la sangre"), Simón recibe una iluminación e inspiración de lo alto, que Jesús califica como "revelación". Y precisamente en virtud de esta revelación Simón hace la profesión de fe en nombre de los Doce.

3. Entonces se produce la declaración de Jesús que, ya con la solemnidad de la forma, deja traslucir el significado comprometedor y constitutivo que el Maestro pretende darle: *Y yo te digo que tú eres Pedro* (Mt 16, 18). Sí, la declaración es solemne: "Yo te digo"; compromete la autoridad soberana de Jesús. Es una palabra de revelación, y de revelación eficaz, que realiza lo que dice.

Simón recibe un nombre nuevo, signo de una nueva misión. San Marcos (3, 16) y San Lucas (6, 14), en el relato de la elección de los Doce, nos confirman el hecho de la imposición de este nombre. También Juan nos lo refiere, precisando que Jesús hizo uso de la palabra aramaica "*Kefas*", que en griego se traduce por *Petros* (cf. Jn 1, 42).

Tengamos presente que el término aramaico *Kefas* (Cefas), usado por Jesús, así como el término griego *petra* que lo traduce, significan "*roca*". En el sermón de la montaña Jesús puso el ejemplo del "hombre prudente que edificó su casa sobre roca" (Mt 7, 24). Dirigiéndose ahora a Simón, Jesús le declara que, gracias a su fe, don de Dios, él tiene la solidez de la roca, sobre la cual es posible construir un edificio indestructible. Jesús manifiesta, también, su decisión de construir sobre esa roca un edificio indestructible, a saber, su Iglesia.

En otros pasajes del Nuevo

Testamento encontramos imágenes análogas, aunque no idénticas. En algunos textos Jesús mismo es llamado, no la "roca" sobre la que se construye, sino la "piedra" con la que se realiza la construcción: "piedra angular", que asegura la cohesión del edificio. El constructor, en ese caso, no es Jesús, sino Dios Padre (cf. Mt 12, 10-11; 1 P 2, 4-7). Las dos perspectivas, por tanto, son diferentes.

En una tercera perspectiva se coloca el apóstol Pablo y cuando recuerda a los corintios que "como buen arquitecto" él puso "el cimiento" de su Iglesia, precisa luego que ese cimiento es "Jesucristo" (cf. 1 Co 3, 10-11).

Con todo, en esas tres perspectivas diversas se puede descubrir una semejanza de fondo, que permite concluir que Jesús, con la imposición de un nombre nuevo, hizo participar a Simón Pedro de su propia cualidad de cimiento. Entre Cristo y Pedro existe una relación institucional, que tiene su raíz en la realidad profunda donde la vocación divina se traduce en misión específica conferida por el Mesías.

4. Jesús afirma a continuación: "Sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella" (Mt 16, 18). Estas palabras atestiguan la voluntad de Jesús de edificar su Iglesia, con una referencia esencial a la misión y al

poder específicos que él, a su tiempo, conferiría a Simón. Jesús define a Simón Pedro como cimiento sobre el que construirá su Iglesia. La relación Cristo-Pedro se refleja, así, en la relación Pedro-Iglesia. Le confiere valor y aclara su significado teológico y espiritual, que objetiva y eclesialmente está en la base del jurídico.

Mateo es el único evangelista que nos refiere esas palabras, pero a este respecto es preciso recordar que Mateo es también el único que recogió recuerdos de particular interés acerca de Pedro (Mt 14, 28-31), tal vez por pensar en las comunidades para las que escribía su evangelio, y a las que quería inculcar el concepto nuevo de la "asamblea convocada" en el nombre de Cristo, presente en Pedro.

Por otra parte, también los otros evangelistas confirman el "nuevo nombre" de Pedro, que dio Jesús a Simón, sin ninguna discrepancia con el significado del nombre que explica Mateo. Y, por lo demás, tampoco se ve qué otro significado podría tener.

5. El texto del evangelista Mateo (16, 15-18), que presenta a Pedro como cimiento de la Iglesia, ha sido objeto de muchas discusiones -que sería muy largo referir-, y también de negaciones, que, más que de pruebas basadas en los códices bíblicos y en la tradición cristiana, surgen de la dificultad

de entender la misión y el poder de Pedro y de sus sucesores. Sin adentrarnos en pormenores, contentémonos aquí con hacer notar que las palabras de Jesús referidas por Mateo tienen un timbre netamente semítico, que se advierte también en las traducciones griega y latina; y que, además, implica una novedad inexplicable en el mismo contexto cultural y religioso judaico en que las presenta el evangelista. En efecto, a ningún jefe religioso del judaísmo de la época se le atribuye la cualidad de *piedra* fundamental. Jesús, en cambio, la atribuye a Pedro. Esta es la gran novedad introducida por Jesús. No podía ser el fruto de una invención humana, ni en Mateo, ni en autores posteriores.

6. Debemos precisar también que la "Piedra" de la que habla Jesús es precisamente la persona de Simón. Jesús le dice: "Tú eres Kefas". El contexto de esta declaración nos da a entender aún mejor el sentido de aquel "Tú persona". Después de que Simón declara *quién es Jesús*, Jesús declara *quién es Simón*, según su proyecto de edificación de la Iglesia. Es verdad que Simón es llamado *Piedra* después de la profesión de fe, y que ello implica una relación entre la fe y la misión de *piedra*, conferida a Simón. Pero la cualidad de *piedra* se atribuye a la persona de Simón, y no a un acto suyo, por más noble y grato que

fuera para Jesús. La palabra *piedra* expresa un ser permanente, subsistente; por consiguiente, se aplica a la *persona* , más que a un acto suyo, necesariamente pasajero. Lo confirman las palabras sucesivas de Jesús, que proclama que las puertas del infierno, o sea, las potencias de muerte, no prevalecerán "contra ella". Esta expresión puede referirse a la *Iglesia* o a la *piedra* . En todo caso, según la lógica del discurso, la *Iglesia* fundada sobre la *piedra* no podrá ser destruida. La duración de la *Iglesia* está vinculada a la *piedra* . La relación Pedro-Iglesia repite en sí el vínculo entre la Iglesia y Cristo. Jesús, en efecto, dice: "Mi Iglesia". Eso significa que la Iglesia será siempre *Iglesia de Cristo* , Iglesia que pertenece a Cristo. No se convierte en la *Iglesia de Pedro* , sino, como *Iglesia de Cristo* , está construida *sobre Pedro* , que es *Kefas* en el nombre y por virtud de Cristo.

7. El evangelista Mateo refiere otra metáfora a la que recurre Jesús para explicar a Simón Pedro y a los demás Apóstoles: lo que quiere hacer de él: "A ti te daré las llaves del reino de los cielos" (Mt 16, 19). También aquí notamos en seguida que, según la tradición bíblica, es el Mesías quien posee las llaves del reino. En efecto, el Apocalipsis, recogiendo expresiones del profeta Isaías, presenta a Cristo como "el Santo, el veraz, el que tiene la llave de David: si él

abre, nadie puede cerrar; si él cierra, nadie puede abrir" (Ap 3, 7). El texto de Isaías (22, 22), que alude a un cierto Elyaquim, es considerado como una expresión profética de la era mesiánica, en la que la "llave" sirve para abrir o cerrar no la casa de David (como edificio o como dinastía), sino el "reino de los cielos": la realidad nueva y trascendente, anunciada y traída por Jesús.

En efecto, Jesús es quien, según la *carta a los Hebreos* , con su sacrificio "penetró en el santuario celeste" (cf. 9, 24): posee sus llaves y abre su puerta. Estas llaves Jesús las entrega a Pedro, quien, por consiguiente, recibe el poder sobre el reino, poder que ejercerá en nombre de Cristo, como su mayordomo y jefe de la Iglesia, casa que recoge a los creyentes en Cristo, los hijos de Dios.

8. Jesús dice a Pedro: "lo que ates en la tierra quedará atado en los cielos, y lo que desates en la tierra quedará desatado en los cielos" (Mt 16, 19). Es otra comparación utilizada por Jesús para manifestar su voluntad de conferir a Simón Pedro un poder universal y completo, garantizado y autenticado por una aprobación celeste. No se trata sólo del poder de enunciar afirmaciones doctrinales o dar directrices generales de acción: según Jesús, es poder "de desatar y de atar", o sea, de tomar todas las medidas que exija

la vida y el desarrollo de la Iglesia. La contraposición "atar-desatar" sirve para mostrar la totalidad del poder.

Ahora bien, es preciso añadir enseguida que la finalidad de este poder consiste en abrir el acceso al reino, no en cerrarlo: "abrir", esto es, hacer posible el ingreso al reino de los cielos, y no ponerle obstáculos, que equivaldrían a "cerrar". Esta es la finalidad propia del *ministerio petrino* , enraizado en el sacrificio redentor de Cristo, que vino para salvar y ser puerta y pastor de todos en la comunión del

único redil (cf. Jn 10, 7. 11. 16). Mediante su sacrificio, Cristo se ha convertido en "la puerta de las ovejas", cuya figura era la puerta construida por Elyasib, sumo sacerdote, con sus hermanos sacerdotes, que se encargaron de reconstruir las murallas de Jerusalén, a mediados del siglo V antes de Cristo (cf. Ne 3, 1). El mesías es la verdadera puerta de la nueva Jerusalén, construida con su sangre derramada en la cruz. Y precisamente las llaves de esta puerta son las que Jesús confía a Pedro, para que sea el ministro de su poder salvífico en la Iglesia.

MISION DE PEDRO: CONFIRMAR A SUS HERMANOS

1. Durante la última cena Jesús dirige a Pedro unas palabras que merecen atención particular. Sin duda se refieren a la situación dramática de aquellas horas, pero tienen un valor fundamental para la Iglesia de siempre, pues pertenecen al patrimonio de las últimas recomendaciones y las últimas enseñanzas que dio Jesús a los discípulos en su vida terrena.

Al anunciar la triple negación que hará Pedro por el miedo durante la Pasión, Jesús le predice también que superará la crisis de esa noche: "Simón, Simón! Mira que Satanás ha solicitado el poder cribaros como trigo; pero yo he rogado por ti, para que tu fe no desfallezca. Y tú, cuando hayas vuelto, confirma a tus hermanos" (Lc 22, 31-32).

En estas palabras Jesús le garantiza una oración especial por su perseverancia en la fe, pero también le anuncia la misión que le confiará de confirmar en la fe a sus hermanos.

La autenticidad de las palabras de Jesús no sólo nos consta por el cuidado con que Lucas recoge informaciones seguras y las expone en una narración que también es válida desde el punto de vista crítico, como se puede apreciar por lo que dice en el prólogo de su evangelio, sino también por esa especie de paradoja que encierran: Jesús se queja de la debilidad de Simón Pedro y, al mismo tiempo, le confía la misión de confirmar a los demás. La paradoja muestra la grandeza de la gracia, que actúa en los hombres -y en este caso en Pedro- muy por encima de las posibilidades que le ofrecen sus capacidades y virtudes, y sus méritos; y muestra, asimismo, la conciencia y la firmeza de Jesús en la elección de Pedro. El evangelista Lucas, cuidadoso y atento al sentido de las palabras y de las cosas, no duda en referirnos esa paradoja mesiánica.

2. El contexto en que se encuentran esas palabras, dirigidas por Jesús a Pedro, es decir, dentro de la última cena, es también muy significativo. Acaba de decir a los Apóstoles: "Vosotros sois los que habéis perseverado conmigo en mis pruebas; yo, por mi parte, dispongo un reino para vosotros, como mi Padre lo dispuso para mí" (Lc 22, 28-29). El verbo griego *diatithemai* (que significa: preparar, disponer) tiene un sentido fuerte, algo así como disponer de una manera eficaz, y alude a la realidad del reino mesiánico establecido por el Padre celeste y participado a los Apóstoles. Las palabras de Jesús se refieren sin duda a la dimensión escatológica del reino, cuando los Apóstoles serán llamados a "juzgar a las doce tribus de Israel" (Lc 22, 30), pero tienen valor también para su fase actual, para el tiempo de la Iglesia aquí en la tierra. Y éste es un tiempo de prueba. A Simón Pedro Jesús le asegura, por eso, su oración, a fin de que en esa prueba no venza el príncipe de este mundo: "Satanás ha solicitado el poder cribaros como trigo" (Lc 22, 31). La oración de Cristo es indispensable, especialmente para Pedro, a causa de la prueba que le espera y del encargo que Jesús le confía. A ese contenido se refieren las palabras: "Confirma a tus hermanos" (Lc 22, 32).

3. La perspectiva en que se ha de contemplar el cometido de Pedro -como toda la misión de la Iglesia- es, por consiguiente, a la vez histórica y escatológica. Es una misión en la Iglesia y para la Iglesia en la historia, donde se deben superar pruebas, se han de afrontar cambios, y es preciso actuar en particulares situaciones culturales, sociales y religiosas, pero todo ello en función del reino de los cielos, ya preparado y dispuesto por el Padre como término final de todo el camino histórico y de todas las experiencias personales y sociales. El "reino" trasciende la Iglesia en su peregrinación terrena y trascienden sus tareas y poderes. trasciende también a Pedro y al colegio apostólico y, por tanto, a sus sucesores en

el episcopado. Y, a pesar de ello, está ya en la Iglesia, ya actúa y se desarrolla en la fase histórica y en la situación terrena de su existencia, por lo cual ya existe en ella algo más que una institución y estructura social. Existe la presencia del Espíritu Santo, esencia de la nueva ley, según san Agustín (cf. *De spiritu et littera*, 21) y santo Tomás de Aquino (cf. *Summa Theologiae*, I-II, q. 106, a. 1), pero esta presencia no excluye, sino que por el contrario exige, a nivel ministerial, lo visible, lo institucional, lo jerárquico.

Todo el Nuevo Testamento, custodiado y predicado por la Iglesia, está en función de la gracia, del reino de los cielos. En esta perspectiva se coloca el *ministerio petrino*. Jesús anuncia esta tarea de servicio a Simón Pedro después de la profesión de fe que hizo como portavoz de los Doce: fe en Cristo, Hijo de Dios vivo (cf. Mt 16, 16), y en las palabras que anunciaban la Eucaristía (cf. Jn 6, 68). En el camino de Cesarea de Filipo, Jesús aprueba públicamente la profesión de fe de Simón, lo llama piedra fundamental de la Iglesia y le promete que le dará las llaves del reino de los cielos, con el poder de atar y desatar. En ese contexto se comprende que el evangelista ponga especialmente de relieve el aspecto de la misión y del poder, que atañe a la fe, aunque en él se hallan encerrados otros aspectos, que veremos en la próxima catequesis.

4. Es interesante notar que el evangelista, aun aludiendo a la fragilidad humana de Pedro, que no está exento de las dificultades sino que es tentado como los demás Apóstoles, subraya que goza de una oración especial por su perseverancia en la fe: "He rogado por ti". Pedro no fue preservado de la negación, pero, después de haber experimentado su debilidad, fue confirmado en la fe, en virtud de la oración de Jesús, para que pudiera cumplir su misión de confirmar a sus hermanos. Esta misión no se puede explicar por medio de consideraciones puramente humanas. El apóstol Pedro, que se distingue por ser el único que niega -tres veces!- a su Maestro, sigue siendo el elegido por Jesús para el encargo de fortalecer a sus compañeros. Los juramentos humanos de fidelidad que hace Pedro resultan inconsistentes, pero triunfa la gracia.

La experiencia de la caída sirve a Pedro para aprender que no puede poner su confianza en sus propias fuerzas y en cualquier otro factor humano, sino que ha de ponerla únicamente en Cristo. Esa experiencia nos sirve también a nosotros, pues nos impulsa a ver a la luz de la gracia la elección, la misión y el mismo poder de Pedro. Lo que Jesús le promete y le confía viene del cielo y pertenece -debe pertenecer- al reino de los cielos.

5. El servicio de Pedro al reino, según el evangelista, consiste principalmente en confirmar a sus hermanos, en ayudarles a conservar la fe y a desarrollarla. Es interesante destacar que se trata de una misión que se ha de cumplir *en la prueba*. Jesús es muy consciente de las dificultades de la fase histórica de la Iglesia, llamada a seguir el mismo camino de la cruz, que él recorrió. El cometido de Pedro, como cabeza de los Apóstoles, consistirá en sostener en la fe a sus "hermanos" y a toda la Iglesia. Y, dado que la fe no se puede conservar sin lucha, Pedro deberá ayudar a los fieles en la lucha por vencer todo lo que haga perder o debilitarse su fe. En el texto de Lucas se refleja la experiencia de las primeras comunidades cristianas, pues es consciente de la explicación que esa situación histórica de persecución, tentación y lucha encuentra en las palabras dirigidas por Cristo a los Apóstoles y principalmente a Pedro.

6. En esas palabras se hallan los componentes fundamentales de la misión de Pedro. Ante todo, la de confirmar a sus hermanos, con la exposición de la fe, la exhortación a la fe y todas las medidas que sea preciso tomar para el desarrollo de la fe. Esta acción se dirige a aquellos que Jesús, hablando a Pedro, llama "tus hermanos": en el contexto, la expresión se aplica en primer lugar a los demás Apóstoles, pero no excluye un sentido más amplio, extendido a todos los miembros de la comunidad cristiana (cf. *Hch 1, 15*). Y sugiere también la finalidad a la que Pedro debe orientar su misión de confirmar y sostener en la fe: la comunión fraterna en virtud de la fe.

Más aún: Pedro -y como él cada uno de sus sucesores y cabeza de la Iglesia- tiene la misión de impulsar a los fieles a poner toda su confianza en Cristo y en el poder de su gracia, que él experimentó personalmente. Es lo que escribe Inocencio III en la carta *Apostolicae Sedis primatus* (12 de noviembre de 1199), citando el texto de *Lucas 22, 32* y comentándolo así: "El Señor insinúa claramente que los sucesores de Pedro no se desviarán nunca de la fe católica, sino que más bien ayudarán a volver a los desviados y afianzarán a los vacilantes" (*DS 775*). Aquel Papa del Medioevo consideraba que la declaración de Jesús a Pedro se veía confirmada por la experiencia de un milenio.

7. La misión confiada por Jesús a Pedro se refiere a la Iglesia en extensión a través de los siglos y las generaciones humanas. El mandato: "Confirma a tus hermanos" significa: enseña la fe en todos los tiempos, en las diversas circunstancias y en medio de las muchas dificultades y oposiciones que la predicación de la fe encontrará en la historia; y, al enseñarla, infunde valor a los fieles. Tú mismo has experimentado que

el poder de mi gracia es más grande que la debilidad humana; por ello, difunde el mensaje de la fe, proclama la sana doctrina, reúne a los "hermanos", poniendo tu confianza en la oración que te he prometido. Con la virtud de mi gracia, trata de que los que no creen se abran y acepten la fe, y fortalece a los que se hallen vacilantes. Esta es tu misión, ésta es la razón del mandato que te confío.

Esas palabras del evangelista *Lucas* (22, 31-33) son muy significativas para todos los que desempeñan en la Iglesia el *munus petrinum*, pues les recuerdan sin cesar aquella especie de paradoja original que Cristo mismo ha puesto en ellos, con la certeza de que en su ministerio, al igual que en el de Pedro, actúa la gracia especial que sostiene la debilidad del hombre y le permite "confirmar a sus hermanos": "Yo he rogado por ti -es la palabra de Jesús a Pedro, que vale también para sus humildes y pobres sucesores-, para que tu fe no desfallezca. Y tú, cuando hayas vuelto, confirma a tus hermanos" (*Lc 22, 32*).

MISION PASTORAL DE PEDRO

1. La promesa que Jesús le hace a Simón Pedro, de constituirlo piedra fundamental de su Iglesia, queda confirmada con el mandato que Cristo le confía después de su resurrección: "Apacienta mis corderos": "Apacienta mis ovejas" (*Jn 21, 15-17*). Existe una relación objetiva entre el encargo de la misión, atestiguado por el relato de Juan, y la promesa referida por Mateo (cf. *Mt 16, 18-19*). En el texto de Mateo se ofrecía un anuncio. En el de Juan se encuentra su cumplimiento. Las palabras: "Apacienta mis ovejas" manifiestan la

intención de Jesús de asegurar el futuro de la Iglesia fundada por él, bajo la guía de un pastor universal, o sea Pedro, al que dijo que, por su gracia, sería "piedra" y tendría las "llaves del reino de los cielos", con el poder de "atar y desatar". Jesús, después de su resurrección, da una forma concreta al anuncio y a la promesa de Cesarea de Filipo, instituyendo la autoridad de Pedro como ministerio pastoral de la Iglesia, con una dimensión universal.

2. Digamos en seguida que en

esa misión pastoral se inserta el contenido de "confirmar a los hermanos" en la fe, del que tratamos ya en la anterior catequesis. "Confirmar a los hermanos" y "apacientar las ovejas" constituyen conjuntamente la misión de Pedro: se podría decir que es lo *proprium* de su ministerio universal. Como afirma el concilio Vaticano I, la tradición constante de la Iglesia ha considerado, con razón, que el primado apostólico de Pedro "abarca también la suprema potestad de magisterio" (cf. DS 3065). Tanto el primado como la potestad de magisterio son conferidos directamente por Jesús a Pedro como persona singular, aunque ambas prerrogativas están ordenadas a la Iglesia, sin derivar de la Iglesia, sino sólo de Cristo. El primado se le da a Pedro (cf. Mt 16, 18) -con expresión de san Agustín- como "totius Ecclesiae figuram gerenti" (Epist. 53, 1. 2), o sea, en cuanto que él personalmente representa a la Iglesia entera; y la tarea y el poder de magisterio se le confiere como fe confirmada para que a su vez confirme a todos los "hermanos" (cf. Lc 22, 31 ss.). Pero todo es en la Iglesia y para la Iglesia, de la que Pedro es cimiento, encargado de las llaves y pastor en su estructura visible, en nombre y por mandato de Cristo.

3. Jesús había anunciado esta misión a Pedro, no sólo en Cesarea de Filipo, sino también con ocasión de la primera pesca milagrosa,

cuando, a Simón que se reconocía pecador, le había dicho: "No temas. Desde ahora serás pescador de hombres" (Lc 5, 10). En esa circunstancia, Jesús había reservado a Pedro personalmente ese anuncio, distinguiéndolo entre sus acompañantes y socios, incluidos "los hijos de Zebedeo, Santiago y Juan (cf. ib.).

También en la segunda pesca milagrosa, después de la resurrección, resalta la persona de Pedro en medio de los demás Apóstoles, según la descripción que nos hace Juan del acontecimiento (21, 2 ss.), casi para transmitirnos su recuerdo en el marco de una simbología profética de la fecundidad de la misión confiada por Cristo a aquellos pescadores.

4. Cuando Jesús está a punto de conferir la misión a Pedro, se dirige a él con un apelativo oficial: "Simón, hijo de Juan" (Jn 21, 15), pero asume luego un tono familiar y de amistad: "Me amas más que estos?" Esta pregunta expresa un interés hacia la persona de Simón Pedro y está en relación con su elección para una misión personal. Jesús la formula tres veces, con una referencia implícita a su triple negación. Y Pedro da una respuesta que no está fundada en la confianza en sus propias fuerzas y capacidades personales o en sus propios méritos. En ese momento sabe bien que debe poner toda su confianza sólo en Cristo: "Señor, tú

lo sabes todo: tú sabes que te quiero" (Jn 21, 17).

Evidentemente, la tarea de pastor requiere un amor particular hacia Cristo. Pero es él, es Dios quien da todo, incluso la capacidad de responder a la vocación, de cumplir la propia misión. Sí, es preciso decir que "todo es gracia", especialmente en ese nivel.

5. Una vez recibida la respuesta deseada, Jesús confiere a Simón Pedro la misión pastoral: "Apacienta mis corderos", "Apacienta mis ovejas". Es como una prolongación de la misión de Jesús, que dijo de sí mismo: "Yo soy el buen pastor" (Jn 10, 11). Jesús, que participó a Simón su calidad de "piedra", le comunica también su misión de "pastor". Es una *comunicación* que implica una *comunión* íntima, que se manifiesta también en la formulación de Jesús: "Apacienta mis corderos... mis ovejas"; de la misma forma que había ya dicho: "Sobre esta piedra edificaré mi Iglesia" (Mt 16, 18). La Iglesia es propiedad de Cristo, no de Pedro. Corderos y ovejas pertenecen a Cristo, y a nadie más. Le pertenecen como a "buen Pastor", que "da su vida por las ovejas" (Jn 10, 11). Pedro debe ejercer el ministerio pastoral con respecto a los redimidos "con la sangre preciosa de Cristo" (1 P 1, 19).

Sobre la relación entre Cristo y los hombres, convertidos en su

propiedad mediante la redención, se funda el carácter de servicio que distingue el poder anejo a la misión conferida a Pedro: servicio a Aquél que es el único "pastor y guardián de nuestras almas" (1 P 2, 25) y, al mismo tiempo, a todos los que Cristo, buen Pastor, ha redimido con el precio de su sacrificio en la Cruz.

Es claro, por lo demás, el contenido de ese servicio: como el pastor guía a las ovejas hacia lugares en que pueden encontrar alimento y seguridad, así el pastor de las almas debe ofrecerles el alimento de la palabra de Dios y de su santa voluntad (cf. Jn 4, 34), asegurando la unidad de la grey y defendiéndola de toda incursión hostil.

6. La misión, desde luego, comporta un poder, pero para Pedro -y para sus sucesores- es una potestad ordenada al servicio, a un servicio específico, un *ministerium*. Pedro la recibe en la comunidad de los Doce. El es uno de la comunidad de los Apóstoles. Pero no cabe duda de que Jesús, mediante el anuncio (cf. Mt 16, 18-19) y mediante el encargo de la misión después de su resurrección, refiere de modo especial a Pedro cuanto transmite a todos los Apóstoles, como misión y como poder. Sólo a él dice: "Apacienta", repitiéndoselo tres veces. De ahí se sigue que, en el ámbito de la tarea común de los Doce, Pedro recibe

una misión y un poder, que corresponden sólo a él.

7. Jesús se dirige a Pedro como a persona singular en medio de los Doce, no sólo como a un representante de esos Doce: "Me amas tú más que éstos?" (Jn 21, 15). A este sujeto -el tú de Pedro- se le pide la declaración de amor y se le confiere esa misión y esa autoridad singular. Pedro es, por consiguiente, distinguido de entre los demás Apóstoles. También la triple repetición de la pregunta sobre el amor de Pedro, probablemente en relación con su triple negación de Cristo, acentúa el hecho del encargo que le hace de un *ministerium* particular, como decisión de Cristo mismo, independientemente de cualquier cualidad o mérito del Apóstol; es más, a pesar de su infidelidad momentánea.

8. La comunión en misión mesiánica, establecida por Jesús con Pedro mediante ese mandato: "Apacienta mis corderos...", no

puede menos de comportar una participación del Apóstol-pastor en el estado sacrificial de Cristo-buen pastor "que da su vida por las ovejas". Esta es la clave de interpretación de muchas vicisitudes, que han tenido lugar en la historia del pontificado de los sucesores de Pedro. En todo el arco de esta historia se halla presente la predicción de Jesús: "Cuando llegues a viejo, extenderás tus manos y otro te ceñirá y te llevará adonde tú no quieras" (Jn 21, 18). Era la predicción de que Pedro confirmaría su ministerio pastoral con la muerte por martirio. Como dice Juan, con esa muerte Pedro "iba a glorificar a Dios" (Jn 21, 19). El servicio pastoral, confiado a Pedro en la Iglesia, tendría su consumación en la participación en el sacrificio de la cruz, ofrecido por Cristo para la redención del mundo. La cruz, que había redimido a Pedro, se convertirá así para él en el medio privilegiado para ejercitar hasta el fondo su misión de "siervo de los siervos de Dios".

LA NAVIDAD, MISTERIO DE AMOR

Queridísimos hermanos y hermanas en el Señor; queridísimos jóvenes:

1. Hemos celebrado hace algunos días la solemnidad de la Navidad y estamos todavía penetrados por la atmósfera sugestiva de la Noche Santa. Contemplamos asombrados, junto a María santísima y a san José, el misterio del Verbo encarnado.

El Nacimiento del Hijo de Dios "de una mujer" (cf. Ga 4, 4) nos hace remontarnos de nuevo al proyecto salvífico: el Altísimo ha querido entrar directamente en la historia de la humanidad y nos ha dado a su Hijo unigénito como Salvador y Redentor.

Eso es la Navidad, "misterio" providencial de amor, en el que María, escogida como virgen Madre del Emmanuel, se encuentra asociada a la obra de la redención. Nos detenemos en estos días a contemplar a María en Belén. La Madre, que estrecha entre sus brazos a Jesús, nos ayuda a comprender ante todo que de la gruta, iluminada por la luz divina, viene un *mensaje de verdad*: Dios se ha hecho hombre y, compartiendo nuestra naturaleza, nos habla con el poder de su misericordia salvadora. Sin embargo, es María quien nos da la Palabra que salva: ella nos muestra a Jesús, "la luz del mundo", que da el verdadero sentido a la vida y el pleno significado a la existencia. ¿Cómo no permanecer sorprendidos y maravillados ante el misterio? ¿Cómo no abrir el corazón a la venida entre nosotros del Señor de la historia?

2. Queridos jóvenes, que habéis venido de diferentes partes de Europa en nombre de María: La joven de Nazaret, presente silenciosamente en el misterio de la Navidad, está presente también en el corazón de la Iglesia y en el de cada fiel. El "Catecismo de la Iglesia católica", publicado recientemente, afirma que "por su total adhesión a la voluntad del Padre, a la obra redentora de su Hijo, a toda moción del Espíritu Santo, la Virgen María es para la Iglesia el modelo de la fe y de la caridad. Por

eso es "miembro muy eminente y del todo singular de la Iglesia" (*Lumen gentium*, 53), incluso constituye "la figura" ["tipus"] de la Iglesia (*Lumen Gentium*, 63)" (n. 967).

María es madre: madre de Cristo y madre nuestra. Su función maternal "dimana... de la superabundancia de los méritos de Cristo; se apoya en la mediación de éste, depende totalmente de ella y de la misma saca todo su poder" (*Lumen gentium*, 60). Con respecto a los creyentes, su función es ser "nuestra madre en el orden de la gracia" (*ib.*, 61), y por esto "es invocada en la Iglesia con los títulos de abogada, auxiliadora, socorro, mediadora" (*ib.*, 62). Se trata de una misión providencial que el señor le ha confiado y que se resume perfectamente en la expresión *per Mariam ad Iesum*.

Esta, es como sabéis bien, la doctrina fundamental de san Luis-María Grignon de Monfort, en quien vosotros os inspiráis; y es el ideal que debe impulsar a todos los cristianos. Gracias a la ayuda de la Madre de Dios, el testimonio de los creyentes se hace cada día más coherente y fervoroso, más generoso y más abierto.

3. El concilio Vaticano II, cuyo trigésimo aniversario estamos celebrando, exhortó a los fieles a ofrecer "súplicas apremiantes a la Madre de Dios y Madre de los hombres para que ella, que ayudó con sus oraciones a la Iglesia naciente, también ahora, ensalzada en el cielo por encima de todos los ángeles y bienaventurados, interceda en la comunión de todos los santos ante su Hijo hasta que todas las familias de los pueblos, tanto los que se honran con el título de cristianos como los que todavía desconocen a su Salvador, lleguen a reunirse felizmente, en paz y concordia, en un solo pueblo de Dios, para gloria de la santísima e indivisible Trinidad" (*Lumen gentium*, 69).

Queridos hermanos y hermanas, de esta profunda riqueza espiritual brota vuestra devoción a María y vuestro compromiso apostólico. Mirad siempre a María como a la estrella segura que os guía en el camino de vuestra vida cristiana.

4. Vosotros, queridos jóvenes, que representáis el futuro de la humanidad y la esperanza de la Iglesia, debéis llevar el evangelio de la bondad y de la paz a todos los rincones de los países de donde provenís. En toda Europa aumentan las dificultades y algunas regiones se hallan azotadas por la violencia. Por esto, vuestra misión es una obra de solidaridad espiritual, un servicio a la verdad, que exige un testimonio

creíble del mensaje integral de Cristo.

Ante vosotros resplandece *María, la Virgen fiel, la estrella de la evangelización, vuestra madre y modelo*. Acudid a ella todos los días, como lo deseáis hacer hoy.

Con la ayuda de su intercesión maternal, podréis contribuir activamente a la obra de la nueva evangelización, y podréis ser un fermento genuino de vida cristiana y de comunión fiel en vuestras comunidades eclesiales.

5. Queridísimos hermanos, os saludo cordialmente a todos vosotros y a los países de los que provenís. Vuestra presencia aquí es un signo más de la unidad entre las naciones y comunidades cristianas, que se caracterizan por la "comunicación de bienes" espirituales y materiales con la finalidad de construir un futuro común basado en la justicia y la solidaridad.

Que la Madre del Redentor acompañe vuestra misión de *creyentes y apóstoles del Evangelio*. Con fe y confianza invoquemos su intercesión. Oremos a fin de que obtenga las gracias necesarias para cada uno de nosotros, para toda la humanidad, para todos los que sienten más el peso de la vida y de las adversidades. Pidámosle humildemente, llenos de la alegría de la Navidad, que suscite y mantenga en todos los bautizados una fe convencida y coherente.

De modo especial esforcémonos por escuchar sus enseñanzas y seguir el ejemplo de su vida.

Dirijámonos a ella con las palabras de la antifona del tiempo de Navidad: "Santa Madre del Redentor, sostiene al pueblo que quiere levantarse. Tú, ante el asombro de toda la creación, has engendrado a tu Creador... Ten piedad de nosotros pecadores".

HOMILIAS:

En la misa por los Papas Pablo VI y Juan Pablo I

Catorce años después de la desaparición de los venerados Pontífices Pablo VI y Juan Pablo I, que fallecieron, respectivamente, el 6 de agosto de 1978 y el 28 de septiembre del mismo año, Juan Pablo II celebró una misa por ellos en el altar de la Cátedra de la basílica vaticana, la tarde del lunes 28 de septiembre. Durante la eucaristía el Santo Padre pronunció esta homilía:

"Tened confianza", aconsejaba el Papa Pablo VI; y agregaba: "tenemos razón en exhortaros a la confianza porque sabemos cuánto la necesita nuestra vida... La confianza es el sostén, es el impulso, es la serenidad de nuestro peregrinaje terreno; y es hoy tanto más necesaria cuanto menos procede de las experiencias de la vida moderna" (Pablo VI, *audiencia general* del 12 de agosto de 1964).

Juan Pablo I, por su parte, anotaba que quien vive la esperanza viaja en un clima de confianza y abandono, pudiendo decir con el salmista: "Señor, tú eres mi roca, mi escudo, mi fortaleza, mi refu-

gio, mi lámpara, mi pastor, mi salvación. Aunque se enfrentara a mí todo un ejército, no temerá mi corazón; y si se levanta contra mí una batalla, aun entonces estaré confiado" (*Catequesis* del 20 de septiembre de 1978).

Las exhortaciones de estos inolvidables predecesores míos suscitan un eco particularmente vivo en nuestros corazones el día en que, en torno al altar, los recordamos al Señor. Estas exhortaciones nos parecen muy oportunas en nuestro tiempo, caracterizado por muchos motivos de preocupación y, a veces, incluso de angustia. Y nos invita a *buscar las*

razones de la esperanza más allá de cualquier tipo de seguridad terrena y de perspectiva humana. Nos impulsan a mirar hacia las alturas, y a poner nuestra confianza plena y constante solamente en Dios.

Los venerados pontífices Pablo VI y Juan Pablo I dieron un ejemplo de abandono total en la Providencia divina, a la que confiaron su ministerio, sobre todo en los momentos más arduos y difíciles de su existencia.

Contemplando su testimonio, pedimos al Señor, fuente de alegría auténtica, que nos conceda el

don de la esperanza y nos otorgue la gracia de ser confiados e intrépidos en nuestro diario compromiso apostólico, orientado hacia nuestra propia renovación y a la de la sociedad mediante la fuerza del Evangelio. El Redentor del hombre no defrauda jamás las expectativas de quien confía en él (*cf. Si 32, 24*).

Queridos hermanos y hermanas, acerquémonos con esos sentimientos al altar del sacrificio divino, dando gracias al Padre celestial por haber dado a la Iglesia y a la humanidad estos dos pastores eminentes y fieles.

Durante la misa de inauguración del Sínodo diocesano

EL COMPROMISO PRINCIPAL: PROMOVER LA NUEVA EVANGELIZACION

El sábado 3 de octubre, en la patriarcal archibasílica lateranense de Roma, el Santo Padre celebró la eucaristía para la asamblea pública de apertura del segundo Sínodo pastoral de la diócesis de Roma (el primer Sínodo lo convocó Juan XXIII en el año de 1960). Con esta misa se inició la fase conclusiva de la asamblea convocada el 17 de mayo de 1986, durante la vigilia de preparación de la fiesta de Pentecostés, a fin de dar a la Iglesia de Dios que está en Roma un nuevo impulso en el camino de "comunión y misión en el umbral del tercer milenio" de historia cristiana.

Quinientos sacerdotes, veintidós obispos y quince cardenales de la Curia romana y del vicariato se reunieron en torno al Obispo de Roma en la solemne concelebración. Participaron también dos representantes de la Iglesia ortodoxa, cinco delegados de las Iglesias orientales y numerosas personalidades del mundo político y de la cultura de Roma. Al comienzo, el cardenal Camillo Ruini, vicario del Papa para la diócesis de Roma y presidente de la Conferencia episcopal italiana, dirigió al Santo Padre unas palabras. Cuando Juan Pablo II terminó su homilía, los más de mil delegados del Sínodo hicieron la profesión de fe ante una gran asamblea que llenaba las naves del templo.

Junto al altar mayor, ocupaba un puesto de honor el libro de los Evangelios; a la derecha del altar, el icono de la Virgen, "Salus populi romani", que el día 5 fue devuelto a su capilla de Santa María la Mayor, desde donde continuará velando por el camino sinodal. Esta fue la homilía del Santo Padre.

1. "Y al ver la muchedumbre, sintió compasión de ella" (Mt 9, 36): este sentimiento del corazón de Jesús es la expresión humana del amor eterno y rico de misericordia con el que Dios nos ha llamado a la vida y con el que envió a su Hijo en búsqueda de la humanidad perdida. Este amor está en el origen de la misión de los doce apóstoles y de toda la Iglesia que prosigue, en el tiempo y en el espacio, el recorrido de Jesús por las ciudades y aldeas de Palestina, "proclamando la buena nueva del reino y sanando toda enfermedad y toda dolencia" (ib. 9, 35).

Nuestro encuentro aquí, en la basílica catedral de Roma, inaugura la asamblea del Sínodo pastoral diocesano en el signo del mismo amor que el Espíritu Santo infunde en nuestros corazones, suscitando en ellos el firme propósito de dar, con la ayuda del Señor, un nuevo impulso a la misión que, a partir de Pedro y Pablo, la Iglesia de Dios lleva a cabo ininterrumpidamente en Roma.

Con razón, al comienzo de la asamblea sinodal, se celebra una eucaristía solemne, alabanza y acción de gracias a Dios Padre, memoria y presencia de la ofrenda sacrificial de Cristo en la cruz, vínculo sagrado de comunión en él y entre nosotros. El secreto del éxito de nuestro Sínodo, como de cualquier otro acontecimiento e iniciativa eclesial, está en la oración: "Rogad, pues, al Dueño de la mies que envíe obreros a su mies" (ib. 9, 38). Esperamos del Sínodo que aumente el número de los obreros del Evangelio para la Iglesia de Roma; pero mucho más esperamos que

esos obreros se asemejen, o mejor, que todos nosotros nos asemejemos cada vez más al Maestro que nos ha enviado para ser sus sarmientos, porque él es la vida verdadera, y de este modo dar también con él frutos de vida (cf. Jn 15, 1-8).

Ciertamente, en la oración por el Sínodo y por nuestra Iglesia no estamos solos. En efecto, sabemos que las parroquias, las casas religiosas, en especial los monasterios de vida contemplativa, las diversas agrupaciones eclesiales y los mismos fieles acompañan y apoyan con su oración y su ofrecimiento diario, en unión con Jesús, la obra que empezamos hoy. Y, sobre todo, confiamos en la intercesión materna de aquella que es nuestra confianza: el icono de María Santísima "Salus populi romani", presente aquí entre nosotros, es el signo visible de su solicitud materna y de nuestra confianza filial. Junto con María sentimos cercano a nosotros, para apoyarnos a lo largo del camino, a su esposo san José, patrono de la Iglesia universal, con la cual la Iglesia de Roma tiene unos lazos únicos y, por tanto, también nuestro Sínodo diocesano; a los apóstoles Pedro y Pablo, y a toda la serie de los Pontífices santos que guiaron y sirvieron, en las diversas épocas a esa comunidad eclesial; a los santos Juan Bautista y Juan Evangelista, copatronos de esta basílica catedral; al gran coro de los mártires, de los santos y de las santas, orgullo y corona de la Iglesia de Roma, y al de la legión inmensa de quienes habiendo sido hijos de esta Iglesia, viven ahora en la gloria del Padre con el Cordero inmolado y se interesan amorosamente por nosotros y están a nuestro lado.

2. Nuestra asamblea sinodal cuenta con la presencia y la participación de los venerados padres cardenales residentes en Roma. Ellos, como obispos titulares de las diócesis suburbicarias, presbíteros o diáconos de las Iglesias de Roma, representan también a los demás cardenales, pues éstos, debiendo residir en las Iglesias que han sido confiadas a su gobierno pastoral, no pueden intervenir personalmente en el Sínodo romano. Los saludo a todos con afecto fraterno y les agradezco de corazón la contribución de sabiduría, consejo y oración que van a dar al Sínodo. Saludo y doy las gracias al cardenal vicario que tiene, de modo especial, la responsabilidad y el peso de esta asamblea como presidente delegado, y con él al monseñor vicegerente y a los obispos auxiliares, que lo ayudan más directamente; al cardenal Ugo Poletti, que guió con sabiduría y amor el comienzo y la fase preparatoria del camino sinodal. Dirijo un pensamiento agradecido y alentador a todos los miembros del Sínodo, comenzando por los moderadores, el relator y el secretario general. Quiero expresar a cada uno de vosotros, padres sinodales, el afecto y la confianza con los que sigo el trabajo que os espera, seguro de que sabréis realizarlo con entrega y perseverancia, conscientes del significado del Sínodo romano y, por eso, de la necesidad de vuestra participación asidua.

Entre vosotros, recuerdo y saludo particularmente a los párrocos de Roma, que aportarán al Sínodo la experiencia viva de sus comunidades y harán que participen constantemente en la oración y la reflexión de la asamblea sinodal; a los religiosos y a las religiosas, que constituyen una riqueza singular para la Iglesia de Roma y que, con su amplia presencia en el Sínodo, están especialmente preparados para orientar sus trabajos hacia la novedad y la trascendencia de la salvación que sólo Dios puede obrar; a los laicos, hombres y mujeres que, de acuerdo con la renovación eclesial promovida por el concilio Vaticano II, participan con pleno derecho y en gran número en la asamblea sinodal, y que sin duda le aportarán las riquezas y los sufrimientos del tejido social y cultural de esta gran ciudad.

Dirijo un saludo y un agradecimiento especial desde lo más íntimo del corazón a los delegados fraternos de las Iglesias y comunidades eclesiales que no están en comunión plena con la Iglesia católica y han aceptado la invitación a tomar parte en esta asamblea sinodal. Su presencia entre nosotros, precisamente como delegados fraternos, expresa la búsqueda de la unidad plena entre los cristianos, prioridad pastoral cuyo origen está en la misma voluntad de Cristo y que debe constituir una preocupación especial para la diócesis de Roma, llamada a participar en la solicitud universal de su Obispo. Su presencia, al mismo tiempo, podrá enriquecer las deliberaciones sinodales y hacer crecer el conocimiento, el amor recíproco y la colaboración fraterna.

3. Al comenzar la sesión inaugural de la asamblea sinodal no puedo menos de recordar el primer Sínodo diocesano de Roma, que celebró mi venerado predecesor Juan XXIII en 1960, poco antes de la convocatoria y celebración del concilio ecuménico Vaticano II. Ciertamente, el marco eclesiológico y el ambiente histórico actuales son muy diferentes de los de aquella época, a pesar de que no ha transcurrido mucho tiempo desde entonces. *Se mantienen inmutables, sin embargo, la identidad y la misión que la providencia misericordiosa de Dios ha dado a la Iglesia de Roma. No ha cambiado tampoco, del primero al segundo Sínodo romano, el propósito fundamental de hacer más vivos los lazos de la comunión eclesial, más generoso el servicio apostólico en la ciudad de Roma y más luminoso el testimonio que esta Iglesia debe a las Iglesias hermanas esparcidas en el mundo entero.*

En el curso de los trabajos de la asamblea sinodal estaremos atentos para recoger los frutos del largo camino de preparación, comenzado en la víspera de Pentecostés de 1986. Entre los muchos encuentros, estudios e

iniciativas pastorales que se han realizado con provecho desde esa fecha hasta hoy en el ámbito del Sínodo queremos recordar, en particular, las *asambleas presinodales de prefectura* y la *"confrontación con la ciudad"*: son dos etapas complementarias de un mismo camino. La primera apuntaba principalmente a una reflexión, articulada en cada área del territorio diocesano, sobre los múltiples problemas pastorales que viven nuestras comunidades parroquiales; la segunda, tendía a captar de modo unitario los interrogantes, las dificultades y las perspectivas sociales y culturales de esta ciudad, para poder comprenderla mejor y servirla con mayor eficacia. La asamblea sinodal está llamada a hacer madurar este trabajo preparatorio, enriqueciéndolo con todas las cosas nuevas y positivas que podrá sugerir la reflexión común, dócil a la guía del Espíritu.

4. El Sínodo diocesano ocupa, por su naturaleza, un sitio de honor en la obra de gobierno pastoral del obispo, porque es "una asamblea de sacerdotes y de otros fieles escogidos de una Iglesia particular, que prestan su ayuda al obispo de la diócesis para bien de toda la comunidad diocesana" (*Código de derecho canónico*, can. 460). Así pues, el Sínodo es, a la vez y de modo inseparable, acto de gobierno episcopal y acontecimiento de comunión, y manifiesta la naturaleza de la comunión jerárquica que es propia de la naturaleza profunda de la Iglesia. Por eso, todos los temas que el obispo propone al Sínodo se someten a la libre discusión de la asamblea (*cf. can. 465*) y, al mismo tiempo, el obispo es el único legislador, mientras que los otros miembros del Sínodo tienen voto consultivo (*cf. can. 466*).

La imagen evangélica de la ciudad que no se puede esconder porque está situada en la cima del monte, y de la lámpara que debe iluminar a todos los que están en la casa (*cf. Mt 5, 14-16*), elegida como hilo conductor de los trabajos de nuestra asamblea, quiere expresar, ante todo, este significado del Sínodo como *acontecimiento de luz y de gracia* para la diócesis y la ciudad de Roma. Pero el alcance del Sínodo romano es necesariamente más amplio: la "ejemplaridad" propia de la Iglesia de Roma, por el hecho de ser la sede de Pedro, implica que *las Iglesias hermanas esparcidas por el mundo*, comenzando por las más cercanas, que se encuentran en Italia, dirijan su mirada al Sínodo que se celebra en ella. Por consiguiente, los trabajos de esta asamblea y las conclusiones que podamos sacar con la ayuda de la gracia de Dios, deberán hacer una referencia precisa a la situación y a las exigencias pastorales de Roma pero, al mismo tiempo, deberán caracterizarse por su amplitud de horizontes y su esfuerzo por llegar al corazón de los problemas, de modo tal que constituya un punto de referencia válido incluso para otras comunidades diocesanas.

5. En particular, el compromiso central de nuestro Sínodo, relacionado con la nueva evangelización, tiene que ser afrontado principalmente con la conciencia profunda de la misión de custodio y testigo de la fe apostólica, que fue confiada de modo especial a la Iglesia de Roma, ya desde el comienzo (cf. san Ireneo, *Adversus haereses*, III, 3, 2). La escucha obediente de la palabra de Dios y el esfuerzo por hacer de ella el principio inspirador de cualquier opción eclesial, la aceptación total de la gran tradición de la Iglesia y, sobre todo, la atención en hacer penetrar cada vez más el magisterio doctrinal y pastoral del concilio Vaticano II en la vida de nuestra diócesis, serán, por tanto, las notas más importantes del Sínodo romano.

La confrontación con las muchas experiencias de evangelización y catequesis que florecen en la Iglesia de Roma, y la consecuente obra de reflexión y discernimiento, contribuirán también a señalar los caminos a fin de que la propuesta de fe, dirigida tanto a los adultos como a las generaciones jóvenes, sea concreta y capaz de llegar a las personas y las familias en su mentalidad, en su cultura y en los ambientes en que viven, velando siempre por la integridad del anuncio y del testimonio coherente de vida de los portadores de dicha propuesta.

6. "Vosotros sois el cuerpo de Cristo, y sus miembros cada uno por su parte" (1Co 12, 27): estas palabras del apóstol Pablo, que hemos escuchado en la liturgia de la palabra, ponen de relieve el don de la comunión y la unidad en Cristo, constitutivo del ser de la Iglesia, y recuerdan la necesidad de construir y profundizar siempre de nuevo los lazos de esa comunión. La Asamblea sinodal tendrá ante sus ojos este objetivo fundamental: en su mismo desarrollo será como una gran escuela, no teórica sino práctica, traducida en hechos concretos, de la *eclesiología de comunión* que el concilio Vaticano II nos ha propuesto y que abraza a todos los miembros del pueblo de Dios, que, en sus múltiples articulaciones, es uno por su origen, dignidad y misión.

De la comunión sacramental y de la unidad de la misión en la diversidad de los ministerios y de los carismas esta asamblea sabrá extraer las conclusiones más adecuadas para incrementar la *convergencia pastoral* que se requiere particularmente en esta diócesis de Roma, caracterizada por una riqueza excepcional y por la variedad de presencias eclesiales relacionadas, en gran medida, con el servicio universal de su Obispo.

Entre los resultados del Sínodo y de las disposiciones que a su debido

tiempo promulgaremos, figura, acertadamente, la *promoción de la disciplina eclesial*, como camino necesario para hacer realidad la comunión y la colaboración pastoral. También desde este punto de vista la Iglesia de Roma tiene la obligación de dar un testimonio ejemplar a las iglesias hermanas.

7. La caridad de Dios, que alimenta nuestra comunión recíproca, nos impulsa de igual modo a perseverar con vigor renovado en la *escucha*, en el *diálogo* y en el *servicio a todos los que viven en Roma*. La atención de la asamblea sinodal se dirigirá, en primer lugar, a quienes sufren más: a los enfermos, a los marginados, a los ancianos que viven solos, desocupados, emigrantes, personas, familias, categorías sociales que por diversos motivos están afectadas por la pobreza material o moral, pues Jesús se dirigió a ellos de modo preferencial, más aún, se identificó con ellos antes que con cualquier otro (Mt 25, 40-45).

Nuestra asamblea será consciente, además, de la vocación universal que es propia de Roma, y manifestará una solicitud especial hacia los ambientes y los sectores de la vida ciudadana en los que más se prepara y se construye el futuro de la ciudad. Aquí ocupa un lugar privilegiado la *pastoral de la familia*, que deberá dirigirse cada vez más al conjunto de las familias romanas, sirviéndose de la generosidad apostólica y del empeño de solidaridad del grupo de familias que ya tienen una formación cristiana sólida y que están preparadas para ser sujetos activos de la evangelización. En este marco el Sínodo no puede dejar de impulsar a todas las instancias competentes de la vida pública a prestar aquella atención a los problemas y a las exigencias de la familia que constituye un acto de sabiduría y justicia, dadas las muchas necesidades sociales que las familias deben afrontar diariamente.

La asamblea deberá tener la misma solicitud hacia la *pastoral de la juventud*, preocupándose también aquí de abrirse lo más posible no sólo a los jóvenes ya relacionados de algún modo con nuestra parroquia, grupos y asociaciones, sino también al gran número de los que no tienen prácticamente ninguna relación orgánica con la Iglesia y que, a menudo, corren el riesgo de que no les llegue la propuesta cristiana.

Con la pastoral juvenil y la atención al futuro de la ciudad está relacionada íntimamente la *pastoral de la cultura* y de ambientes como la *escuela*, la *universidad*, la *investigación* y la *comunicación social*, que están muy bien representados en Roma y que ejercen un influjo positivo o negativo más allá de los límites de la ciudad. En ellos, y a través de ellos,

se construyen los nuevos caminos para la evangelización y la inculturación de la fe en nuestro tiempo.

Inspirándose constantemente en el gran criterio de la solidaridad cristiana y ateniéndose a un punto de vista eclesial, la asamblea sinodal examinará seriamente los problemas que atañen *al trabajo, la economía y la vida social, política e institucional de la ciudad*, con vistas a ofrecer una contribución útil para afrontar las actuales dificultades y dar un impulso renovado a un desarrollo más respetuoso de los derechos y deberes de cada uno, comenzando por quienes tienen mayor necesidad.

8. El Sínodo romano quiere ser, pues, en todo su desarrollo y en sus objetivos, *un gran acto de amor a Roma* y a todo el mundo, respecto al cual Roma tiene una misión muy particular. Esto corresponde muy bien a aquella Iglesia que, según el antiquísimo testimonio de san Ignacio de Antioquia, "preside toda la asamblea de la caridad" (*Carta a los romanos*, Introducción). De este modo, la Iglesia de Roma puede estar cada vez más "dentro" de la ciudad y del mundo, precisamente gracias a su fidelidad a Cristo y a su diversidad respecto al mundo, que deriva de esa misma fidelidad. Y, a su vez, la ciudad y el mundo pueden encontrarse dentro y en el corazón de esta Iglesia.

La esperanza teológica acompaña al amor. Nuestro Sínodo, al tratar cada uno de los temas, debe tener una actitud de confianza en Dios y de espera en su salvación que viene, en el tiempo, bajo la forma de la cruz, y en la eternidad, bajo la forma de la gloria sin fin.

El jubileo del tercer milenio de la era cristiana es un horizonte cercano a nuestra espera y un objetivo al que ya nos estamos preparando con el Sínodo. De hecho, renovándose y purificando su propio rostro para reflejar mejor la luz de Cristo, la Iglesia de Roma pone las bases a fin de que ese gran jubileo logre su objetivo y manifieste su verdadero significado, es decir, el de favorecer un nuevo encuentro de la humanidad peregrina con aquel que es su único Redentor.

Que María Santísima, a quien al término de esta eucaristía encomendaremos todo el camino que espera a nuestra asamblea sinodal, sea el modelo vivo de la Iglesia de Roma, para que se cumpla en nosotros la palabra y la voluntad del Señor (*cf. Lc 1, 38*).

En la misa de canonización del beato Ezequiel Moreno Díaz

**América:
Levántate y resplandece,
pues ha llegado tu luz**

1. La conmemoración del V Centenario del comienzo de la evangelización del nuevo mundo, es un día grande para la Iglesia. Como Sucesor del apóstol Pedro tengo la dicha de celebrar esta eucaristía junto con mis hermanos obispos de toda América Latina, así como miembros de otros Episcopados invitados, en esta bendita tierra que, hace ahora quinientos años, recibió a Cristo, luz de las naciones, y fue marcada con el signo de la cruz salvadora.

Desde Santo Domingo quiero hacer llegar a todos los amadísimos hijos de América mi saludo entrañable con las palabras del apóstol san Pablo: "Que la gracia y la paz sean con vosotros de parte de Dios Padre y de Nuestro Señor Jesucristo" (*Ga 1, 3*). Al conmemorar el 12 de octubre de 1492, una de las fechas más importantes en la historia de la humanidad, mi pensamiento y mi afecto se dirigen a todas y cada una de las Iglesias particulares del continente americano. Que a pesar de la distancia llegue a todas mi voz y la cercanía de mi presencia.

2. Voz que abraza en el Señor a las Iglesias en el cono sur: Chile y Argentina, Uruguay y Paraguay.

Voz de fraterno amor en Cristo a la Iglesia en Brasil, a las Iglesias de los países andinos: Bolivia y Perú, Ecuador y Colombia.

Voz de afectuosa comunión en la fe a la Iglesia en Venezuela, en Surinam, en las Antillas, en República Dominicana y Haití, en Cuba, Jamaica y Puerto Rico.

Voz de paz en el Señor a las Iglesias de América Central y Panamá, de México y América del Norte.

Junto con el abrazo fraterno a mis hermanos en el episcopado, deseo presentar mi cordial y deferente saludo al señor presidente de la República y demás autoridades que nos acompañan.

3. Las palabras de Isaías, proclamadas en la primera lectura, "levántate y resplandece, pues ha llegado tu luz" (*Is 60, 1*), nos presentan la gloria de la nueva Jerusalén. El profeta, a distancia

de siglos, anuncia a aquel que él ve como la Luz del mundo. De Jerusalén viene la aurora que resplandecerá en la plenitud del misterio divino diseñado desde toda la eternidad. Su claridad se extenderá a todas las naciones de la tierra.

En efecto, hoy, reunidos en torno al altar, celebramos en Santo Domingo, en rendida acción de gracias a Dios, la llegada de la luz que ha alumbrado con esplendor de vida y esperanza el caminar de los pueblos que, hace ahora quinientos años, nacieron a la fe cristiana. Con la fuerza del Espíritu Santo la obra redentora de Cristo se hacía presente por medio de aquella multitud de misioneros que, urgidos por el mandato del Señor de "predicar la Buena Nueva a toda criatura" (Mc 16, 15), cruzaron el océano para anunciar a sus hermanos el mensaje de salvación. Junto con mis hermanos obispos de América, doy gracias a la Santísima Trinidad porque "los confines de la tierra han contemplado la salvación de nuestro Dios" (Sal 98, 3). Las palabras del profeta se han hecho verdad y vida en este continente de la esperanza; por ello, con gozo incontentible, podemos hoy proclamar de nuevo: América, "Levántate y resplandece, pues ha llegado tu luz, y la gloria del Señor sobre ti ha amanecido" (Is 60, 1).

4. Y ¿qué mayor timbre de gloria para América que el de poder presentar a todos aquellos

testimonios de santidad que a lo largo de estos cinco siglos han hecho vida en el nuevo mundo el mensaje de Jesucristo? Ahí están esa admirable pléyade de santos y beatos que adornan la casi totalidad de la geografía americana, cuyas vidas representan los más sazonados frutos de la evangelización y son modelo y fuente de inspiración para los nuevos evangelizadores.

En este marco de santidad se sitúa la presente canonización del beato Ezequiel Moreno, que en su vida y obra apostólica compendia admirablemente los elementos centrales de la efemérides que celebramos. En efecto, en la reseña de su vida santa, así como de los méritos y gracias celestiales con que el Señor quiso adornarle -que hemos oído hace unos momentos al solicitarse oficialmente su canonización- aparecen España, Filipinas y América Latina como los lugares en que desarrolló su incansable labor misionera este hijo insigne de la Orden Agustina Recoleta. Como obispo de Pasto, en Colombia, se sintió particularmente urgido por el celo apostólico que, como hemos oído en la segunda lectura de esta celebración litúrgica, hace exclamar a san Pablo: "¿Cómo invocarán a aquel en quien no han creído? ¿Cómo creerán en aquel a quien no han oído? ¿Cómo oirán sin que se les predique?" (Rm 10, 14).

5. El nuevo Santo se nos presenta ante todo, como *modelo*

de evangelizador, cuyo incontenible deseo de anunciar a Cristo guió todos los pasos de su vida. En Casanare, Arauca, Pasto, Santafé de Bogotá y tantos otros lugares se entregó sin reserva a la predicación, al sacramento de la reconciliación, a la catequesis, a la asistencia de los enfermos. Su inquebrantable fe en Dios, alimentada en todo momento por una intensa vida interior, fue la gran fuerza que le sostuvo en su dedicación al servicio de todos, en particular de los más pobres y abandonados. Como pastor profundamente espiritual y vigilante, dio vida a diversas asociaciones religiosas; y a donde no podía llegar en persona procuraba hacerse presente mediante la publicación, el periódico, la carta particular.

San Ezequiel Moreno, con su vida y obra de evangelizador, es modelo para los pastores, especialmente de América Latina, que bajo la guía del Espíritu quieren responder con nuevo ardor, nuevos métodos y nueva expresión a los grandes desafíos con que se enfrenta la Iglesia latinoamericana, la cual, llamada a la santidad, que es la más preciada riqueza del cristianismo, ha de proclamar sin descanso a "Jesucristo ayer, hoy y siempre" (Hb 13, 8). El Señor Jesús, que fue anunciado por primera vez a los pueblos de este continente hace quinientos años, nos trae la salvación, pues sólo él tiene palabras de vida eterna (cf. Jn 6, 69). "Tanto amó Dios al

mundo que dio a su Hijo unigénito, para que todo el crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna" (Jn 3, 16). ¡Es el Dios que ama al hombre hasta entregar su vida por él. Es el Dios encarnado, que muere y resucita. Es el Dios Amor!

Hoy, junto con toda la Iglesia, elevamos nuestra acción de gracias por los cinco siglos de evangelización. En verdad se cumplen las palabras del profeta Isaías, que hemos escuchado: "Se estremecerá y se ensanchará tu corazón porque vendrán a ti los tesoros del mar" (Is 60, 5). Son las riquezas de la fe, de la esperanza, del amor. Son "las riquezas de las naciones" (Ib.): sus valores, sus conocimientos, su cultura. La Iglesia, que a lo largo de su historia ha conocido pruebas y divisiones, se siente enriquecida por aquel que es el Señor de la historia.

6. América, ¡abre de par en par las puertas a Cristo! Deja que la semilla plantada hace cinco siglos fecunde todos los ámbitos de tu vida: los individuos y las familias, la cultura y el trabajo, la economía y la política, el presente y el futuro.

En esta solemne efemérides, quiero dirigir mi mensaje de paz y esperanza a todos los hombres y mujeres de buena voluntad que en este bendito continente caminan entre los gozos y las tristezas del presente y aspiran a un porvenir más justo y fraterno.

A quienes tienen la responsa-

bilidad del gobierno de las naciones, con deferencia y respeto hacia las funciones que ejercen, les invito a un renovado empeño en favor de la justicia y la paz, de la libertad y el desarrollo integral. Que no ahorren esfuerzos para potenciar los valores fundamentales de la convivencia social: el respeto a la verdad, los vínculos de solidaridad, la tutela de los derechos humanos, la honestidad, el diálogo, la participación de los ciudadanos a todos los niveles. Que el imperativo ético sea un constante punto de referencia en el ejercicio de sus funciones. Los principios cristianos que han informado la vida de sus pueblos, inspirando muchas de sus instituciones, serán factor determinante en la consecución de la deseada integración latinoamericana e infundirán viva esperanza y nuevo dinamismo que les lleve a ocupar el puesto que les corresponde en el concierto de las naciones.

7. A los representantes del mundo de la cultura, les aliento a una generosa puesta en común de inteligencias, voluntades y trabajo creador ante los retos con que se enfrenta América Latina en el momento actual. Motivando y estimulando la capacidad moral y espiritual de las personas, sois, en gran medida, corresponsables en la construcción de una nueva sociedad. América Latina ha de consolidar su identidad cultural y debe hacerlo desde sí misma; sien-

do fiel a sus raíces más genuinas en las que a lo largo de estos cinco siglos se han encarnado los valores cristianos. La cultura, como instrumento de acercamiento y participación, de comprensión y solidaridad, ha de abrir nuevos caminos de progreso y sentar las bases de un auténtico humanismo integral que eleve la dignidad del hombre a su verdadera e irrenunciable dimensión de hijo de Dios. Hago, pues, un apremiante llamado a los responsables de la cultura en América Latina para que intensifiquen sus esfuerzos en favor de la educación, que es llave maestra del futuro, alma del dinamismo social, derecho y deber de toda persona.

8. A los trabajadores y empresarios -desde sus respectivas responsabilidades en la sociedad- no puedo por menos de exhortarles a la *solidaridad real y eficiente*. Vuestro desafío en las actuales circunstancias ha de tener como objetivo común el de servir al hombre latinoamericano en sus impostergables necesidades: luchar contra la pobreza y el hambre, el desempleo y la ignorancia; transformar los recursos potenciales de la naturaleza con inteligencia, laboriosidad y constancia; aumentar la producción y promover el desarrollo; humanizar las relaciones laborales poniendo siempre a la persona humana, su dignidad y derechos, por encima de los egoísmos e intereses de grupo. Mirando

el actual panorama de América Latina y, más aún, las perspectivas de futuro, se hace necesario sentar las bases para la creación de una *economía solidaria*. Hay que sentir la pobreza ajena como propia y convencerse de que los pobres no pueden esperar. Por su parte, los poderes públicos han de salir al paso de injustas diferencias que ofenden la condición humana de los hombres, hermanos e hijos de un mismo Padre y copartícipes de los dones que el Creador puso en manos de todos. Aunque la Iglesia no pretende en ningún momento ofrecer soluciones técnicas, sí alienta la creación de un proyecto económico a nivel continental que, superando los aislacionismos, pueda presentarse como interlocutor válido en la escena internacional y mundial. Por otra parte, no puedo por menos de dirigir un urgente llamado a las naciones desarrolladas para que enfrenten su *responsabilidad moral* ante la dramática situación de pobreza de millones de seres humanos en América Latina.

9. A las familias de América, santuarios del amor y de la vida, les exhorto a ser verdaderas "iglesias domésticas", lugar de encuentro con Dios, centro de irradiación de la fe, escuela de vida cristiana, donde se construyan los sólidos fundamentos de una sociedad más íntegra, fraterna y solidaria. Que en su seno, los jóvenes, la gran fuerza y esperanza de América,

puedan hallar ideales altos y nobles que satisfagan las ansias de sus corazones y los aparte de la tentación de una cultura insolidaria y sin horizontes que conduce irremediabilmente al vacío y al desaliento. Deseo en esta ocasión rendir particular homenaje a la mujer latinoamericana que, generación tras generación, ha sido como el ángel custodio del alma cristiana de este continente.

Finalmente, mi pensamiento y mi plegaria a Dios se dirige a los enfermos, a los ancianos, a los marginados, a las víctimas de la violencia, a los que no tienen empleo ni vivienda digna, a los desplazados y encarcelados; en una palabra, a cuantos sufren en el cuerpo o en el espíritu. Que la conciencia del dolor y de las injusticias infligidas a tantos hermanos, sea, en este V Centenario, ocasión propicia para pedir humildemente perdón por las ofensas y crear las condiciones de vida individual, familiar y social que permitan un desarrollo integral y justo para todos, pero particularmente para los más abandonados y desposeídos. Vienen a mi mente aquellas palabras de santo Toribio de Mogrovejo, patrono del Episcopado latinoamericano, en las que se declara profundamente dolido porque "no sólo en tiempos pasados se les ha hecho a estos pobres indios tantos agravios y con tanto exceso, sino que también en el día de hoy muchos procuran hacer lo mismo". Los sentimientos y la solicitud

pastoral que reflejan estas palabras, pronunciadas por santo Toribio en el III concilio provincial de Lima de 1582, conservan hoy plena actualidad, queridos hermanos obispos de América Latina, que mañana iniciaréis los trabajos de la IV Conferencia general. Era el mandato del Señor de predicar el Evangelio a toda criatura (cf Mc 16, 15) lo que movía al santo arzobispo a entregarse sin límites al anuncio del mensaje de salvación y a la defensa de los pobres. Hoy, los sucesores de los Apóstoles en esta tierra fértil, que recibió hace cinco siglos la palabra de Dios, se enfrentan a nuevos y apremiantes retos, pero sienten en su alma de pastores los urgentes interrogantes de san Pablo, que hemos escuchado en la segunda lectura: "Cómo invocarán a aquel en quien so han creído? ¿Cómo creerán en aquel a quien no han oído? ¿Cómo oirán sin que se les predique? Y ¿cómo predicarán si no son enviados?" (Rm 10, 14-15).

10. Se trata, amadísimos hermanos en el episcopado, de interrogantes fundamentales que interpelan a los pastores de la Iglesia de todas las épocas. Responder a tales urgencias y desafíos, antiguos y nuevos, es ciertamente vuestra

tarea prioritaria en el continente de la esperanza y el objetivo esencial de la importante reunión eclesial que os disponéis a celebrar. Estamos congregados frente a este Faro de Colón, que con su forma de cruz quiere simbolizar la cruz de Cristo plantada en esta tierra en 1492. Con ello, se ha querido también rendir homenaje al gran almirante que dejó escrito como voluntad suya: "Poned cruces en todos los caminos y senderos, para que Dios os bendiga".

¡"Jesucristo ayer, hoy y siempre!" (Hb 13, 8). El es nuestra vida y nuestro único guía. Sólo en él está puesta nuestra esperanza. Su Espíritu ilumina los senderos de la Iglesia, que hoy como ayer, le proclama Salvador del mundo y Señor de la historia. Nos sostiene la sólida certeza de que él no nos abandona: "Yo estoy con vosotros siempre hasta el fin del mundo" (Mt 28, 20), fueron sus últimas palabras antes de ascender a su gloria. Jesucristo, luz del mundo, "camino, verdad y vida" (Jn 14, 6), nos guía por los senderos que pasan por el corazón de los hombres y por la historia de los pueblos para que en todo tiempo y todas las generaciones "vean la salvación de nuestro Dios" (Sal. 98, 3). Amén.

En el comienzo del año académico de los Ateneos romanos

Miles de jóvenes se reunieron en la basílica de San Pedro, como en años anteriores, el viernes 23 de octubre por la tarde, para invocar al Espíritu Santo, principio animador de la vida de la Iglesia, durante la misa de inauguración de curso en las universidades pontificias de Roma. Presidió la eucaristía el Santo Padre y concelebraron con él los rectores de universidades y colegios, decanos, presidentes de facultad, profesores y estudiantes. Al comienzo de la eucaristía, Mons. José Saravia Martins, c.m.f., secretario del Congregación para la educación católica, dirigió a Su Santidad unas palabras. El Papa pronunció esta homilía:

1. "Mucho tengo todavía que deciros" (Jn 16, 12).

Estas son las palabras que Jesús dice a sus discípulos reunidos en el cenáculo. Nos las repite también a nosotros, que estamos reunidos esta tarde en la basílica de San Pedro, con ocasión de la inauguración del nuevo año académico. Nos las dice a nosotros.

Hay que proclamar su palabra desde las cátedras universitarias; hay que escucharla y meditarla en los grupos de estudio; tiene que llegar a convertirse en luz del intelecto y en fuerza de los corazones.

¡Su palabra! Su palabra fluye a través de numerosas corrientes de ciencia humana, que se encuentran en la fuente de la Sabiduría divina, del Logos eterno.

"Mucho tengo todavía que deciros".

2. Cantemos al ritmo del salmo:

"¡Oh Señor, nuestro Dios, qué glorioso tu nombre por toda la tierra!" (Sal 8, 2).

Te damos gracias, Dios nuestro, por tu santo nombre, al cual tú mismo has preparado una morada en nuestros corazones (cf. *Didaché*, 10, 2).

A través de las cosas verdaderas que nos dice el mundo, *el nombre de Dios encuentra su morada en nosotros*. Fluyendo por el cauce profundo de la palabra de Dios, todas las corrientes del conocimiento humano se encuentran en ese nombre. Todas abren el camino hacia el conocimiento del Dios vivo se convierte en "teo-logos" de la Iglesia.

"¡Oh Señor, nuestro Dios, qué glorioso tu nombre por toda la tierra!"

3. Hemos escuchado el texto de la primera carta del apóstol *san Juan*, que escribe a los padres y a los hijos, dirigiéndose en su carta a unos y a otros alternativamente.

¿Qué escribe a los padres, es decir, a los maestros, a los profesores y a los educadores?

Habéis conocido al que es desde el principio (cf. *Jn* 2, 13). Habéis conocido; por tanto, tenéis el deber de transmitir el fruto de vuestro conocimiento.

¿Qué escribe a los jóvenes? Os han sido perdonados vuestros pecados en virtud de su nombre, habéis vencido al Maligno; *sois fuertes y la palabra de Dios permanece en vosotros* (cf. *1 Jn* 2, 12-14).

Queridos jóvenes, alumnos y alumnas procedentes de muchas naciones y pertenecientes a diversas diócesis, órdenes y congregaciones religiosas: estas palabras se dirigen a vosotros. Esta tarde el apóstol *san Pablo* os dice precisamente a vosotros: *sois fuertes, habéis vencido al Maligno, la palabra de Dios permanece en vosotros*.

La palabra de Dios... Aunque muchos son los que anuncian la palabra de Dios, existe un *Maestro escondido* ("Deus absconditus"): el Espíritu de verdad, que guiará a la verdad total (cf. *Jn* 16, 13).

El mismo es el Maestro de los maestros y de los estudiantes. *¡Veni Sancte Spiritus!*

4. ¿Por qué el apóstol *Juan* escribe a los jóvenes: "No améis al mundo ni lo que hay en el mundo" (*1 Jn* 2, 15), si él mismo cita en su evangelio las palabras de Cristo: "Tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único" (*Jn* 3, 16)?

Aquí, en la carta, escribe: "No améis al mundo" (*1 Jn* 2, 15), mientras que en la conversación de Jesús con Nicodemo advierte que *el mundo es amado con el amor más perfecto*. En realidad, se trata del amor salvífico. En efecto, el Hijo vino al mundo para que el mundo se salve por él (cf. *Jn* 3, 17).

Qué significa, por tanto, la expresión "no améis"? Significa *amado, participando en el amor* que viene de Dios, el amor salvífico del Redentor.

Que este amor reúna todas las energías presentes en vosotros: en la mente, en el corazón y en la voluntad, *Que la triple concupiscencia, en la que se encuentra la herencia del pecado, no os arrastre jamás a dilapidar estas energías espirituales*.

Dentro de cada uno de nosotros se libra el combate entre la herencia del pecado y la herencia del amor derramado por el Espíritu Santo en nuestros corazones: el Espíritu que nos ha sido dado (cf. *Rm* 5,5.) y que permanece a lo largo de los siglos.

Studere. Exhorto a los estudiantes y a los profesores a no dejar nunca de *studere*. Este verbo expresa *el esfuerzo del espíritu humano*, esfuerzo que es necesario orientar hacia los valores que no pasan.

5. "Mucho tengo todavía que deciros, pero ahora no podréis con ello" (*Jn* 16, 12).

Cristo habló a los Apóstoles en vísperas de su pasión. Sabemos que ellos, al día siguiente, en el momento de la prueba, *"no pudieron llevar el peso"* de esta palabra, *que se había convertido en la palabra de la cruz*.

Pero en esta palabra se encuentra la plenitud de la verdad y del amor. Todo se ha cumplido definitivamente en ella. Toda realidad humana ha sido superada para siempre. "Porque tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único, para que todo el que crea en él... tenga vida eterna" (*Jn* 3, 16). Toda realidad humana ha quedado superada para siempre.

En la *Eucaristía*, *sacramento de la vida eterna*, se renueva y se realiza la palabra de la cruz, a saber, el sacrificio pascual de Cristo y nuestra participación en su ministerio.

Te damos gracias, Dios nuestro, por tu santo nombre, al cual tú mismo has preparado una morada en nuestros corazones. *Amén*.

En la misa para los alumnos del Seminario mayor romano

Ciento setenta y seis estudiantes del seminario mayor romano participaron en la misa celebrada por Juana Pablo II en la capilla Paulina del palacio apostólico vaticano, a las nueve de la mañana del domingo 18 de octubre, con ocasión de la inauguración del curso escolar. Celebraron con el Santo Padre, el cardenal Camillo Ruini, su vicario para la diócesis de Roma, el rector, monseñor Luigi Conti, y los demás superiores del seminario. Al final de la misa, el Vicario de Cristo pronunció estas palabras que ofrecemos a continuación.

Pastores dabo vobis: son palabras llenas de esperanza. Con estas palabras comienza el documento postsinodal dedicado a la vida y a la formación de los sacerdotes. *Pastores* es un solo Pastor, porque hay un sólo pastor: *Ego sum pastor bonus*, dice Cristo. Este único pastor es también el único sacerdote, la única víctima - la hostia - de su sacrificio. Es pastor porque es sacerdote; es pastor porque es hostia de su sacrificio.

De su boca nacen estas palabras que nos llenan de esperanza: *pastores dabo vobis*. En este único sacerdote, en este único pastor, la Iglesia, el mundo, tienen necesidad de muchos pastores. Esto es algo actual, especialmente hoy, domingo en que la Iglesia recuerda su tarea misionera, la gran tarea que en la Jornada mundial de la

misiones está ante nuestros ojos, en nuestras oraciones y en nuestros corazones.

Pastores dabo vobis: es una expresión con la que sólo Dios, sólo Cristo nos da confianza. Es una expresión con la que manifiesta su alianza con la Iglesia, con su pueblo. Esta alianza es él mismo, esta alianza somos nosotros, todos nosotros. Sabemos muy bien que debemos tener confianza en la alianza, confianza valiente. Los obispos, representantes de la Iglesia Universal en el Sínodo de que he hablado, demostraron esta confianza valiente que se manifestó también en el comienzo del documento postsinodal: *Pastores dabo vobis*. No hay que tener miedo; hay que tener valentía. *Pastores dabo vobis:* habrá vocaciones, llegarán nuevos candidatos dispuestos a seguir el camino del sacerdocio en

la Iglesia universal, en la Iglesia católica y en las diversas Iglesias, en ésta de Roma y en todas las otras Iglesias locales y particulares, que tienen necesidad de muchos sacerdotes y pastores. Cuando falta esta confianza valiente, la alianza se debilita, porque el Dios de la alianza, el Cristo de la alianza exige de nosotros una confianza valiente. El es fuerte, es capaz de darnos este don, un sacerdote, más aún, un sacerdote totalmente entregado a su ministerio, en el celibato. El es fuerte. La fuerza del Espíritu Santo puede formar los corazones de los jóvenes para proseguir por este camino.

Somos testigos de una estrategia muy difundida que nos quiere quitar esta confianza valiente, que nos quiere convencer de que hay que cambiar. Mucho mayor ha de ser nuestra confianza; mucho más intensa ha de ser nuestra oración. Esta confianza y esta oración demuestran, por último, que la estrategia de Dios, la estrategia de Cristo redentor, único pastor, sacerdote y víctima, sacerdote y hostia, es una estrategia más fuerte que todas las estrategias humanas que están inspiradas por otro espíritu.

Queridos hermanos e hijos, comencemos este nuevo año de seminario inspirados por el Espíritu de verdad y por el Espíritu de fortaleza: comencemos por la confianza. En este seminario, tan

vinculado y dedicado a la Virgen de la Confianza, comencemos por la confianza. Agradezcamos al Señor de la mies que esta confianza haya sido confirmada también en este nuevo año del seminario en Roma. Expresemos nuestros mejores deseos a nuestros hermanos obispos en Europa y en el mundo, para que tengan esta misma confirmación y no les falte nunca esta confianza valiente, basada en la oración, incluso en medio de las dificultades periódicas. Que no falte a nadie esta confianza.

Y después, si tenemos más vocaciones, podremos ofrecerlas a los otros: toda vocación sacerdotal, todo sacerdote, es un don para la Iglesia, para la Iglesia de Roma, sí, pero también para la Iglesia universal. Así, si las tenemos, debemos estar dispuestos a ofrecerlas a los demás. Que el don sea don, que el don sea don en la dimensión de esta gran economía que pertenece a él sólo, a Dios que es nuestro Padre, a Dios, que es nuestro Redentor, a Dios, que es Espíritu Santo.

Al salir de esta celebración eucarística para comenzar un nuevo año del seminario, pidamos que la Santísima Trinidad sea para nosotros bendición conclusiva, litúrgica y continua. Que nuestra vida esté profundamente impregnada por la bendición de Dios: Padre, Hijo y Espíritu Santo.

En el cementerio romano de Campo Verano

Juan Pablo II, como es ya tradicional en él, la tarde del día 1 de noviembre, solemnidad de todos los Santos, visitó el cementerio monumental de Roma Campo Verano y celebró allí la misa por todos los fieles difuntos (el año pasado visitó el cementerio de Prima Porta). Lo recibió su vicario general para la diócesis de Roma, cardenal Camilo Ruini, que concelebró con él; concelebraron asimismo el vicegerente, Mons. Remigio Ragonesi, el obispo auxiliar de la zona, Mons. Luca Brandolini, y el secretario general del Vicariato, Mons. Paolo Gillet. Al pie del altar se hallaban los párrocos de muchas de las parroquias de Roma y algunos representantes del Ayuntamiento de la Urbe. Participó en la misa una gran asamblea de fieles. Este es el texto de la homilía que Su Santidad pronunció.

1. "Del Señor es la tierra" (Sal 24, 1).

El salmo responsorial, que hemos proclamado hace un momento, canta la gloria del Creador. La tierra es suya "y cuanto hay en ella". En la concepción del salmista la tierra constituye el fulcro de la creación, pero hoy sabemos que no es el centro del universo. Al Señor pertenece, por tanto, no sólo el sistema en cuyo centro está el sol y en el que la tierra es uno de los planetas, sino también la multitud de galaxias que forman el universo entero.

2. "Del Señor es... el orbe y los que en él habitan" (Sal 24, 1). Aunque la tierra no es el centro del cosmos, se diferencia de los otros planetas por el hecho de que ha llegado a ser la morada del hombre: el lugar de su nacimiento, de su vida y de su muerte. Por eso es su "universo". Este "universo", el "universo del hombre", pertenece de modo particular al Señor, porque le pertenece el hombre que vive en él.

¿De qué modo el hombre es de Dios?

3. A esta pregunta responde el salmo con toda la liturgia de esta solemnidad. El hombre es de Dios porque es su imagen: fue creado a imagen y semejanza suya. Así pues, el hombre es de Dios de manera diversa de todas las demás criaturas visibles.

El hombre es el que "sube al monte del Señor" (cf. Sal 24, 3). Está llamado, en la misma profundidad de su ser espiritual, a "buscar a Dios": a "ir tras su rostro" (cf. Sal 24, 6). Está llamado a "estar en su recinto santo" (cf. Sal 24, 3) en virtud de la misma profundidad de su "imagen y semejanza divina".

El hombre se injerta en un proceso dinámico y vital, mediante el cual alcanza la madurez a través de las "manos limpias y el corazón puro" (cf. Sal 24, 4), venciendo el pecado y a cualquiera que "dice mentiras y jura en perjuicio del prójimo" (cf. ib.).

De este modo el hombre es de Dios. Entre todas la criaturas, el hombre es el destinatario de una bendición particular del Creador.

4. Esta bendición divina alcanzó su plenitud en Cristo. En él el hombre pertenece a Dios como a un Padre. Al hacerse hombre, la Palabra eterna, consustancial con el Padre, injertó el misterio de la adopción de hijos en el corazón de los "hombres-criaturas".

"Mirad qué amor nos ha tenido el Padre para llamarnos hijos de Dios, pues ¡lo somos!" (1 Jn 3, 1).

Jesucristo -el único santo- abre el camino hacia la comunión de los santos en la historia del hombre: "Todo el que tiene esta esperanza en él se purifica a sí mismo, como él es puro" (1 Jn 3, 3).

El Camino hacia la santidad, es decir, el camino que lleva a la comunidad de los santos que viven en Dios y participan en su misma vida, pasa a través del Evangelio de las ocho bienaventuranzas.

5. Hoy la Iglesia está llamada a detenerse en la contemplación de este gran misterio en la inmensidad de la creación. Lo contempla en la historia de la tierra en cuanto morada de las generaciones humanas, a saber, de quienes "van tras el rostro de Dios".

Leemos en el libro del Apocalipsis: "Había una muchedumbre inmensa, que nadie podría contar, de toda nación, razas, pueblos y lenguas, *de pie delante del trono y el Cordero*" (Ap 7. 9).

Nosotros también nos ponemos de pie delante del Cordero.

Este antiguo cementerio del Verano es uno de los muchos lugares en los que descansan los cuerpos de los muertos. Mañana estos lugares, los cementerios, serán la *meta de una peregrinación ininterrumpida* de los vivos a la tumbas de los muertos.

!Pero cuántos de estos lugares son aún desconocidos! !Cuántos muertos -desaparecidos a menudo en medio de sufrimientos terribles- no han encontrado, y siguen sin encontrar, su cementerio, un lugar para sus funerales y una tumba para su encuentro con los seres queridos!

Toda la historia del hombre se resume, como todos los años, en la *conmemoración de todos los fieles difuntos*, que celebramos mañana.

6. Pero ya es hora, participando en la liturgia eucarística del Cordero que quita el pecado del mundo, deseamos decir: "Señor mío, tú lo sabrás...*Estos son los que vienen de la gran tribulación: han lavado y blanqueado sus vestiduras en la sangre del Cordero*" (Ap 7. 14).

Señor mío, tú lo sabrás. !Todos ellos te pertenecen! Preséntalos tú al Padre. Amén.

En la basílica de Santa María la Mayor

Colocamos el nuevo Catecismo en manos de María Inmaculada

1. "*Bendito sea Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo*" (Ef 1, 3).

Hoy la Iglesia da gracias a Dios por "toda clase de bendición espiritual" con que ha bendecido en Cristo a todo el género humano.

La Iglesia da gracias, de manera especial, por la *bendición de la Inmaculada Concepción de María* de Nazaret: María es "llena de gracia" desde el primer instante de su concepción, al no haber sido tocada para nada por el pecado original.

Demos gracias a la santísima Trinidad porque, en el designio eterno de la salvación, María se convirtió en la "nueva Eva", la *Madre de los vivientes*, es decir, la Madre de todos los que, en *Jesucristo*, llegan a ser santos e inmaculados en la presencia de Dios.

María es la primera entre

todos los vivientes. Elegida para ser la Madre del Redentor del mundo, la Virgen de Nazaret recibió anticipadamente, desde el seno materno, los frutos de la redención.

2. Hoy la Iglesia se detiene a contemplar una vez más el *acontecimiento de la Anunciación*, narrado por el evangelista Lucas. En él nos revela el misterio del Verbo encarnado, consustancial al Padre. Por obra del Espíritu Santo, el *Hijo eterno del Padre se convierte en Hijo del hombre*, concebido y nacido de una Virgen de nombre María. La liturgia nos presenta con tanta frecuencia este texto de Lucas, que ya casi nos lo sabemos de memoria. Pero, a pesar de ello, siempre nos descubre de modo nuevo la profundidad de su contenido revelado.

María es la *Virgen que escucha*: escucha con toda la profundidad de su naturaleza humana. Ella, la "llena de gracia", también

es capaz de comprender a fondo y acoger con docilidad la palabra del mensaje divino.

María es la Virgen que pregunta: pregunta para poder comprender y acoger la Palabra de Dios en toda su plenitud. Pregunta para hacer de lo que escucha la verdad de su vocación, para que se convierta en su elección en el momento presente y para el resto de su vida.

María pregunta *porque es humilde*: se encontró de repente ante la infinita majestad del Altísimo, el tres veces Santo, y por ello pregunta, para *conocer hasta el fondo* la voluntad de Dios, deseando de ese modo *entenderse a sí misma* en la palabra que le dirige el mensajero divino.

María es obediente: "He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra" (Lc 1, 38). "¡Feliz la que ha creído!" (Lc 1, 45). Mediante la obediencia de la fe, una oculta y desconocida Virgen de Nazaret acepta totalmente el plan salvífico y comienza así a preceder a cuantos, emprendiendo el mismo camino de fe, se convierten, en Cristo, en hijos adoptivos del Padre.

3. "Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo" (Ef 1, 3).

Juntamente con la Madre de

Dios, la Iglesia da gracias hoy por el don del Concilio, que se inauguró el 11 de octubre de hace treinta años, precisamente en la fiesta de la Maternidad de María.

La comunidad de los creyentes da gracias hoy *por el catecismo postconciliar*, que constituye un compendio de la verdad anunciada por la Iglesia en todo el mundo. Este compendio de la fe católica, solicitado por los obispos reunidos en la Asamblea extraordinaria del Sínodo de 1985, representa *el fruto más maduro y completo de la enseñanza conciliar*, que en El se presenta dentro del rico marco de toda la Tradición eclesial.

Al igual que en la *solemnidad de la Inmaculada Concepción de 1965*, cuando se clausuraba solemnemente la asamblea conciliar, la Iglesia se presenta *también hoy* delante de la santísima Trinidad, confiando al Espíritu de verdad el magisterio conciliar. El mismo día, y en la misma solemnidad, la Iglesia se presenta, pues, a los hombres de nuestro tiempo con el catecismo postconciliar, compendio de la única y perenne fe apostólica, custodiada y enseñada por la Iglesia a lo largo de los siglos y los milenios.

4. "Bendito sea Dios..."

Oh María, tú que, en el designio eterno del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, fuiste predestinada a ser la Madre del Verbo; tú

que, el día de Pentecostés, *te hallabas presente como Madre de la Iglesia* (cf. Hch 1, 14), *acoge este fruto* del trabajo de la Iglesia entera. Los que han llevado a cabo esta obra tan meritoria, bajo la diligente e incansable presidencia del cardenal prefecto de la Congregación para la doctrina de la fe, están aquí, a tus pies.

Todos juntos ponemos el nuevo *Catecismo de la Iglesia Católica* -que es, al mismo tiempo, don del Verbo revelado a la humanidad y *fruto del trabajo de los obispos y los teólogos*- en las manos de Aquella que, como Madre del Verbo, acogió en sus brazos al Primogénito de todas las criaturas.

Oh María, Jesús, *el Verbo hecho carne mediante tu obediencia de la fe*, se convirtió en el *primogénito entre muchos hermanos* (Rm 8, 29).

Virgen santa, en este mundo, en que se halla presente aún la herencia del pecado del primer Adán -que impulsa al hombre a esconderse ante el rostro de Dios y a evitar incluso mirar hacia él-, te pedimos que *se abran los caminos al Verbo encarnado*, al Evangelio del

Hijo del hombre, tu amadísimo Hijo.

Para los hombres de nuestro tiempo, tan avanzado y tan atormentado, para los hombres de toda civilización y toda lengua, te pedimos, oh María, *la gracia* de una apertura sincera de espíritu y una *escucha atenta* de la palabra de Dios.

Te pedimos, oh Madre de los hombres, *para todo ser humano la gracia de saber acoger* con gratitud el don de la filiación que el Padre ofrece gratuitamente a todos en su Hijo amado, que es también tuyo. Te pedimos, oh Madre de la esperanza, *la gracia de la obediencia de la fe*, única ancla verdadera de salvación.

Te pedimos, Virgen fiel, que tú, que precedes a los creyentes en el itinerario de la fe aquí en la tierra, protejas el camino de todos los que se esfuerzan por acoger y seguir a Cristo, *Aquel que es, que era y que va a venir* (cf. Ap 1, 8), *Aquel que es el camino, la verdad y la vida* (cf. Jn 14, 6).

¡Ayúdanos, oh clemente, oh piadosa y dulce Madre de Dios, oh María!

A los estudiantes de los ateneos romanos

Los sufrimientos del mundo invitan a los jóvenes a un nuevo Adviento de esperanza

El martes 15 de diciembre, como es ya habitual, Juan Pablo II celebró una misa en la basílica de San Pedro para los estudiantes de las universidades y los ateneos romanos, como preparación a la Navidad. Participaron profesores y estudiantes, en representación de los tres ateneos estatales, de las universidades libres (de estudios sociales, católica y María Santísima Asunta) y de los ateneos pontificios.

Concelebraron con el Papa el cardenal Camillo Ruini, gran canciller de la Pontificia Universidad Lateranense, Mons. Remigio Ragoni, viceregente de la diócesis de Roma, y los asistentes espirituales del mundo universitario romano.

Al comienzo de la celebración dos jóvenes saludaron al Papa en nombre de todos y destacaron el valor de los dos próximos acontecimientos eclesiales: el encuentro de oración en Asís, el 9 y 10 de enero, y la jornada mundial de la juventud de Denver, en agosto del próximo año. Serán dos ocasiones para reflexionar sobre el papel que "la formación cultural debe tener en la construcción de la paz y de la unidad, y en el respeto de la diversidad étnica y religiosa".

1. Una vez más, en esta tarde de Adviento, nos encontramos reunidos, como es tradición desde hace varios años, para participar en la liturgia de la Palabra y de la Eucaristía. Es una hermosa costumbre, que se remonta al inicio de mi servicio en la sede de Roma, y y que a mí me es particularmente querida.

Os saludo a todos cordialmente. Doy gracias de corazón a los que representan aquí a los diversos centros académicos de Roma y, de modo indirecto, al mundo universitario de toda la nación. Saludo y doy gracias a los rectores, profesores y estudiantes.

Hoy la Iglesia nos invita a estar presentes, vigilantes y orando junto con los profetas y el pueblo de la antigua Alianza, *para esperar el cumplimiento de la promesa mesiánica*, cuyos orígenes se remontan a los primeros capítulos del Génesis.

La noche de Navidad se realizará la promesa hecha a toda la humanidad en la antigua Alianza. Los hombres de la nueva Alianza vemos todos los días *la promesa ya realizada*. Al mismo tiempo, sin embargo, estamos viviendo un verdadero Adviento: Aquel que "es" sigue siendo siempre Aquel "que va a venir" (cf. Ap 1, 8).

2. "Hijo, vete hoy a *a trabajar en la viña*" (Mt 21, 28). Así dice, en la parábola evangélica, el padre de familia a sus dos hijos. Así dice Dios: estas palabras contienen una dimensión típica del Adviento.

Adviento de Dios es todo el universo que en su amplitud escapa al control del hombre. Adviento es también, y de modo más pleno, *este mundo que el hombre puede controlar* y que desde el inicio le ha confiado el Señor con una tarea muy precisa: "Henchid la tierra y sometedla" (Gn 1, 28).

Este mundo constituye, entonces, *la viña evangélica de los planes del Creador*. El hombre debe conocerlo y, de modo creativo, cultivarlo, pero nunca destruirlo. Este mundo es su herencia, su ambiente natural. Si lo destruye, se condena a sí mismo a una muerte inevitable.

Pienso en este momento en todos los *ambientes de trabajo que son vuestras universidades*: las facultades, las escuelas de especialización, los institutos. Esa es *"la viña del Logos divino"*, de la Sabiduría eterna, inscrita para siempre en la creación y en todas sus dimensiones, desde la macroscópica hasta la microscópica. *Todos vosotros*, que constituís el ambiente humano de esos centros de estudio e investigación, *en cierta manera estáis cumpliendo la invitación del padre de familia*: "Vete a trabajar en la viña".

La cumplís, tal vez, como el primero de los dos hermanos de que nos habla el evangelio; o, quizá, como el segundo. Uno dijo: "Voy, Señor y no fue"; el otro: "No quiero, pero después se arrepintió y fue" (Mt 21, 29-30).

3. "La viña" está fuera del hombre, pero, de manera más plena, se encuentra en su interior. Este dato brota de dentro, del corazón. Podemos, por tanto, decir que la persona humana representa el espacio específico del advenimiento de Dios. El hombre puede entrar en comunión de vida con Dios, como un "yo", con el inefable misterio que es para él el "Tú" divino; *el Dios creador se convierte para el hombre en el Dios de la Alianza*. Al ser humano se le ofrece la promesa mesiánica en la antigua Alianza, y su pleno cumplimiento en la nueva. Esta *realidad mesiánica* es Cristo, Dios-hombre-Hijo, que revela hasta el fondo al hombre quién es y cuál es su destino definitivo, así como cuál es el sentido de su existencia en el mundo visible.

Amadísimos profesores y queridísimos jóvenes, os agradezco vuestra presencia. Os agradezco la oportunidad que me brindáis de releer junto con vosotros la *verdad evangélica de esta viña, que somos cada uno de nosotros* en nuestra humanidad, en nuestra personalidad única e irrepetible. A la luz de esta relectura, las palabras del padre de familia: "Vete a trabajar a la viña" cobran particular elocuencia. El "yo", cada uno de nosotros, es la viña que el Padre desea cultivar en su Hijo unigénito, en Cristo, que es la vid. Cristo es la vid, nosotros los sarmientos. Este es, en cierto modo, *el sentido más profundo de la realidad mesiánica*. Dios se ofrece; el Espíritu santificado nos hace partícipes de la naturaleza divina y el hombre puede responder como el segundo de los hijos: "No quiero"; o como el primero: "Voy".

El Adviento de Dios se detiene, por decir así, *en el umbral de la voluntad humana*.

4. El tiempo litúrgico que estamos viviendo se nos da para que cobremos mayor conciencia de la *presencia de Aquel* que viene sin cesar, *que está a la puerta y llama* (cf. Ap 3, 20). ¡Qué maravilloso es Dios, este Dios, cuya venida en Cristo pertenece simultáneamente a la historia de toda la humanidad y a la de cada hombre, de cada uno de nosotros!

El Adviento, por consiguiente, se nos da *para que nos preguntemos*, en el interior de nuestra conciencia, *cuál es nuestra respuesta*: ¿soy como el primer hijo, que dice "voy", y luego no cumple su palabra; o como el segundo, que al inicio dice que no, pero luego va: "después se arrepintió y fue" (Mt 21, 30)?

5. El Adviento es un tiempo litúrgico de la Iglesia, pero es, más aún, una dimensión constante de su existencia y de su misión. "La Iglesia es

en Cristo -enseña el Concilio- como un sacramento, o sea signo e instrumento *de la unión íntima con Dios*" (*Lumen gentium*, 1). Esta Iglesia es el pueblo de la nueva Alianza, es la comunidad de los hombres llamados a vivir en el cumplimiento de la *promesa mesiánica* e invitados, al mismo tiempo, a constituir la encarnación de la realidad mesiánica de la salvación y la trasfiguración, la participación de la naturaleza divina en el hombre y en el mundo.

La Iglesia es la viña en que se realiza esta vocación en Jesucristo, que se ha convertido ya en herencia de la familia humana; es el sacramento fundamental en que, mediante los sacramentos de la fe, *se va realizando el proceso de regeneración y santificación, en el Espíritu Santo, de todos los creyentes*.

Amadísimos hermanos, este Adviento se ha de transformar para nosotros en el tiempo de la regeneración y santificación sacramental. Que la penitencia sacramental, a la que nos invita la liturgia, prepare la venida eucarística de Cristo en nuestra vida. *Que Aquel que llama a la puerta de la morada interior de cada uno de nosotros reciba la invitación a entrar*. Tomemos conciencia de que la realidad mesiánica no es sólo la comunión de la vida con el Dios de la Alianza, sino el habitar de Dios mismo en el interior del hombre: "Vendremos a él, y haremos morada en él" (Jn 14, 23).

Quisiera también responder a las palabras que me dirigieron los dos representantes de vuestra comunidad universitaria al comienzo de la misa. Y, sobre todo, quisiera agradecer al Señor todos estos encuentros. Ya llevo catorce años en mi servicio en la Sede de Pedro, y una de mis primeras intuiciones, uno de mis primeros deseos, fue precisamente el de encontrarme con los jóvenes, con los estudiantes, con el ambiente universitario, de Roma. Y lo hemos seguido haciendo, especialmente durante el Adviento. Pero esto, después de varios años, ha llevado también a una multiplicación de los encuentros: especialmente desde el "año de la juventud" se comenzó a realizar la iniciativa de la Jornada mundial. Ahora lo que fue nuestro primer encuentro con los jóvenes de Roma se ha convertido en el encuentro con los jóvenes del mundo. Vivimos como entre un encuentro y otro: ahora entre Czystochowa-Jasna Góra y Denver. Y podría decir que todo esto lo debo a los primeros encuentros, a la primera misa universitaria en San Pedro, que no podría decir que celebré con vosotros, pero sí con vuestros "predecesores", con vuestros compañeros de más edad, pero siempre jóvenes.

Quiero daros las gracias por vuestra gran sensibilidad humana y

cristiana. En estos encuentros siempre se han tocado problemas candentes: los sufrimientos de Roma, de vuestro país, de Italia, del mundo. También esta tarde he notado vuestra sensibilidad ante los sufrimientos de los países Balcánicos, tan cercanos a nosotros, de Somalia, en África, y de muchos otros lugares del mundo. Los sufrimientos son físicos, pero sobre todo espirituales. La compasión, la solidaridad, todo esto viene directamente del Evangelio, todo esto nos dice siempre que el Señor está cerca, que el Señor se da a conocer a través de los que sufren. Esta es una verdad central acerca de él. Ciertamente, la verdad continúa; es una verdad escatológica. "Tuve hambre, tuve sed, estaba en la cárcel": todo esto es la realidad de todos los años, de toda la humanidad, de muchos pueblos formados por hermanos y hermanas nuestros. Tratamos de abrirnos a todos ellos, al menos con nuestros corazones, con nuestras ayudas, con nuestro voluntariado, para salir al encuentro de todos esos sufrimientos.

Quiero daros las gracias también porque nuestros encuentros en San Pedro se han hecho más maduros y también cada vez más bellos litúrgicamente: como se puede ver, es fruto de una organización y una preparación cada vez mejores. pero también de una maduración espiritual.

Esto es lo que quería deciros antes de concluir mi homilía. Pero también quisiera expresar un deseo que corresponde a estas fiestas navideñas, tan cercanas al comienzo del año nuevo. Mi deseo es un deseo de esperanza. ¡Vosotros, los jóvenes, sois la esperanza! Esto lo dije casi el primer día de mi servicio en Roma: ¡Sois la esperanza! Lo sois porque sois jóvenes, porque el futuro está ante vosotros: no sólo vuestro futuro personal, sino también el futuro de todo el mundo, de las diversas comunidades, de vuestra patria italiana, de esta vuestra Iglesia de Roma o de la Iglesia universal, y de las diversas Iglesias particulares. La esperanza, podemos decir, es el espíritu del Adviento. El Adviento es un período "fuerte", como se dice en el lenguaje litúrgico. Pero, tal vez, es sobre todo tiempo de esperanza. Se mira hacia el futuro, hacia aquel día en que el canto "Marana tha" podrá hacerse una realidad litúrgica, pero también una realización cada vez más nueva del misterio divino-humano, realización de este misterio de Navidad, del Dios-hombre elevado, de este Dios hecho hombre.

Quisiera ahora expresar a todos vosotros, a todas las comunidades académicas y, junto con vosotros, a vuestros profesores y rectores, este deseo de esperanza: esperanza evangélica, esperanza de la que nos habla todos los años el *Adventus Domini*, el Adviento del Señor.

6. La Iglesia es comunidad: por esta razón, los hombres que buscan el camino del cumplimiento de la promesa mesiánica de Dios se encuentran en ella. Al decir esto, quisiera referirme al *Sínodo de nuestra diócesis de Roma*, que se está desarrollando ya desde hace varios años y acaba de entrar en la fase final de sus trabajos. En esta asamblea sinodal toman parte sólo los representantes de la comunidad romana, que cuenta con varios millones de miembros, pero está idealmente abierta a todos.

El Sínodo se asemeja al Adviento, pues el Adviento no es sólo espera, sino también preparación: "Preparad el camino del Señor", enderezad sus sendas (*Mc 1, 3; cf. Is 40, 3*).

Synodos es el encuentro, la comunión de los caminos. Oremos para que, en la experiencia sinodal de la Iglesia que está en Roma, *cada uno de nosotros* encuentre su propio camino en el que no avanza solo. Es el camino en que avanza junto con los demás. Pero sobre todo es *el camino al que lo invita Cristo para avanzar juntos*.

"Maestro..., ¿Dónde vives?"

"Venid y lo veréis".

"Fueron, pues, ... y se quedaron con él" (*Jn 1, 38-39*).

En la misa de fin de año

En los umbrales del
año nuevo sigue el
gozo de la Navidad

El último día del año, jueves 31 de diciembre, Juan Pablo II fue por la tarde a la iglesia romana de Gesù para celebrar una misa de acción de gracias al Señor por los beneficios recibidos durante el año.

Juan Pablo II pronunció la homilía que ofrecemos a continuación. Al final de cantó el Te Deum, cuya composición se atribuye a san Ambrosio y san Agustín, con intervenciones de otros insignes Padres. Dirigía la capilla Sixtina Mons. Domenico Bartolucci.

1. "Ante el Señor, que viene"
(Sal 96, 13).

El salmo proclama la verdad del adviento de Dios. "El Señor que viene a juzgar la tierra" (cf. ib.), porque "ésta es la última hora" (1 Jn 2, 18), el último día de este año solar, la última tarde, El adviento litúrgico nos prepara para la venida de Dios en el tiempo, en la plenitud del tiempo, para el ministerio del Verbo encarnado, para la noche del nacimiento de Dios en Belén.

El último día del año, la última hora está inscrita en el nacimiento de Dios. Está también

incluida en el adviento litúrgico. Por consiguiente, juntamente con el nacimiento de Dios en la carne humana, el tiempo de la historia del hombre se ha orientado hacia el destino último, ha entrado en la dimensión del reino de Dios, que es cumplimiento de la historia de los hombres y del mundo.

A este hecho nos remite, en cierto modo, la última hora de cada año.

2. Estamos "ante el Señor que viene a juzgar la tierra", como proclama el salmo de la liturgia de hoy. El juicio está íntimamente ligado a la lógica de la existencia

humana. Especialmente cuando el hombre se encuentra frente a un fin, siente la necesidad de un juicio, para que lo que pasó, lo que ya quedó a sus espaldas, encuentre su expresión en la verdad. Precisamente el juicio es la expresión de la verdad. El juicio del hombre se encuentra con el juicio de Dios. El juicio del hombre es siempre limitado, y está sometido a las condiciones de un tiempo y un lugar determinados. Es necesario que este juicio humano se encuentre en el espacio de la verdad divina, a fin de que en esa perspectiva sea asumido y penetrado hasta el fondo por el juicio de Dios mismo, por aquella luz de la que habla el prólogo del evangelio de Juan: "la luz brilla en las tinieblas, y las tinieblas no la vencieron" (Jn 1, 5).

Hoy, en la última hora del año que acaba, sigue estando presente la alegría del nacimiento de Dios. "Tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único... para que el mundo se salve por él" (Jn 3, 16-17).

La lógica humana del juicio se encuentra con la voluntad divina de salvar al hombre. Dios quiere que los hombres se salven. Por esto, la luz vino al mundo. Los hombres han sido llamados a caminar con esta luz, para convertirse en sus testigos. Esta es la llamada salvífica.

3. Hoy dirigimos nuestro pensamiento a Roma. Esta tarde queremos pensar de modo especial en

esta nuestra ciudad. En la Basílica "del Gesù" se reúne, junto a su obispo, la Iglesia que está en Roma. Saludo al cardenal vicario, Camillo Ruini, así como a sus obispos auxiliares. Saludo también al cardenal Eduardo Martínez Somalo, titular de esta Iglesia, y a los padres jesuitas que desempeñan aquí su ministerio. Saludo, por último, a los obispos, al clero, a las autoridades civiles y a todos los fieles presentes.

De Roma se suele decir que es "la ciudad eterna". Pero ninguna ciudad de la tierra es eterna, "porque la apariencia de este mundo pasa" (1 Co 7, 31). Si se dice de Roma que es "la ciudad eterna", se debe sobre todo a que en ella se ha determinado de modo particular la Verdad que es el Verbo de Dios, y el Verbo no pasa. El Verbo se ha detenido aquí por el ministerio apostólico de Pedro y Pablo. Roma se convirtió así en la sede de la sucesión apostólica de la Iglesia, representada de modo eminente por los dos Apóstoles. Junto con el testimonio que ambos dieron del Verbo encarnado, penetró en lo pasajero un rayo particular de la eternidad divina.

Precisamente por esto san Ireneo podía afirmar: "Dado que sería demasiado largo... enumerar las sucesiones de todas las Iglesias, indicamos sólo la tradición recibida de los Apóstoles, la fe anunciada a todos los hombres, y que ha llegado hasta nosotros, en

la sucesión episcopal, de la Iglesia más grande y más antigua, conocida por todos; de la Iglesia fundada y constituida en Roma por los dos gloriosísimos apóstoles Pedro y Pablo... Con esta Iglesia, por su eximia superioridad, debe ponerse de acuerdo la Iglesia universal, es decir, los fieles de todo el mundo, pues en ella se conserva la tradición que proviene de los Apóstoles" (*Adversus haereses*, 3, 3, 2; Pg 7, 848).

4. En el marco del Sínodo romano, el año que acaba se ha convertido en un tiempo particular gracias a lo que se ha dado en llamar la "confrontación con la ciudad". Como romanos y, en particular, como cristianos, no podemos vivir sin esa confrontación. En el marco del Sínodo debemos elaborar una *imagen múltiple de la Roma actual*. Ahora bien, este "hoy" tiene raíces muy profundas. Cristo plantó las raíces en esta ciudad, la sede del imperio, por medio de sus Apóstoles. "Cristo ayer y hoy" (cf Hb 13, 8). Este "ayer" originario de Cristo, de su Iglesia en Roma, germinó durante mucho tiempo escondido bajo tierra, pero ya en vida de los Apóstoles salió a la luz. Al igual que habían crucificado a Cristo en Jerusalén, también crucificaron a sus discípulos y seguidores. Los condenaron "ad bestias". Los quemaron como antorchas vivas en los circos de Roma imperial. El mismo Pedro fue crucificado y Pablo fue

condenado a la decapitación. De ese modo dieron hasta el fin su testimonio de Cristo.

La "confrontación con la ciudad" es confrontación con este "ayer y hoy" de Cristo en Roma. "El Hijo unigénito, que está en el seno del Padre" no cesa de hablar de él, del Padre (cf Jn 1, 18). A su vez, los discípulos de Cristo, hacia el fin del segundo milenio, no cesan de dar testimonio de las maravillas de Dios.

Y quieren hacerlo en esta grande y multiforme ciudad de Roma, rica en humanidad, pero marcada por muchas miserias, materiales y morales. Siguiendo al Hijo de Dios, hecho niño por nuestra salvación, los cristianos de Roma quieren ser, para todo hombre y mujer que vive en esta ciudad, signo creíble del amor misericordioso de Dios. Desean anunciar y dar testimonio del mensaje de la esperanza evangélica también a todos los peregrinos que vengan a Roma el año que viene, y cada vez en mayor número a medida que se acerca el gran jubileo. Son conscientes de que, en nombre del Evangelio, deben ser estímulo para una convivencia más fraterna y más valiente al afrontar la vida, porque se apoya más en la confianza en la providencia de Dios.

5. Al terminar el año que se va, y en los umbrales del año

nuevo, sigue el gozo del nacimiento de Dios. La lógica humana del juicio y la valoración de lo que sucede en el tiempo se encuentran con la voluntad divina de la verdad y la salvación. "Tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único" (Jn 3, 16).

El Sínodo de la Iglesia que está en Roma desea ser, entre el año que se va y el año que viene, el testigo y, en sentido específico, también el ministro evangélico de ese encuentro entre la lógica humana del juicio y la voluntad divina de la verdad y la salvación del hombre.

Perdura la alegría de la Navidad, porque perdura su realidad. "Pues de su plenitud hemos recibido todos, y gracia por gracia" (Jn 1, 16). De generación en generación. "La gracia y la verdad nos han llegado por Jesucristo" (Jn 1, 17). Nuestra generación desea tener su parte en ella según la medida de los desafíos y las necesidades de nuestro tiempo.

Cuando digo esto, pienso en todos los hombres, en todos los

cristianos de nuestra generación en Roma. Como obispo, indigno sucesor de san Pedro, participo de su fe, esperanza y amor. Soy servidor de todos. De cada parroquia romana, de las familias cristianas, de los laicos comprometidos a vivir con coherencia su bautismo. De todas las asociaciones y movimientos juveniles. De toda comunidad religiosa masculina y femenina. De todas las personas consagradas a Dios y, de modo especial, de las que trabajan por la causa del reino de Dios, al que está llamado el hombre.

Canemos todos juntos el "Te Deum".

Agradecemos la gracia y la verdad que nos han venido por medio de Cristo. En él hemos renacido. De él hemos recibido la fuerza para convertirnos en hijos de Dios.

*Tu, rex gloriae, Christe
Tu Patris sempiternus es
Filius.*

*Salvum fac populum tuum.
Amén.*

DISCURSOS:

A los participantes en la VIII sesión del Consejo internacional para la catequesis

LA INCULTURACION, CENTRO DE LA NUEVA EVANGELIZACION

El Consejo internacional para la catequesis, cuyos miembros proceden de 27 naciones, celebró su VIII sesión ordinaria en Roma el pasado mes de septiembre. El tema de estudio fue: ¿cuáles son los lenguajes de la catequesis más idóneos para la inculturación de la fe?. En la sesión se trató, además, de las relaciones entre el catecismo de la Iglesia católica y los catecismos de las Iglesias particulares.

El día 26 de dicho mes, Juan Pablo II recibió en audiencia, en la sala de los Suizos del palacio apostólico de Castegandolfo, a los participantes. Al comienzo del encuentro, Mons. Crescenzo Sepe, arzobispo titular de Grado y secretario de la Congregación para el clero, dirigió al Vicario de Cristo unas palabras en nombre de todos.

Su Santidad pronunció este discurso que ofrecemos.

Venerados hermanos en el episcopado; queridos sacerdotes; hermanos y hermanas:

1. Me alegra poder recibirlos hoy, al término de los trabajos de vuestro Consejo. Dirijo un pensamiento afectuoso al cardenal José Sánchez,

vuestro presidente, a quien deseo un pronto restablecimiento de su enfermedad. Agradezco al secretario de la Congregación, Mons. Crescenzo Sepe, los sentimientos manifestados en nombre de todos vosotros. Os saludo, por último, a cada uno de vosotros, que habéis participado en el encuentro, aportando la contribución de vuestra experiencia.

El mandato misionero

2. Está presente siempre en nuestro corazón el mandato del Señor: "Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a guardar todo lo que yo os he mandado" (Mt. 28, 19-20).

En este mandato misionero, que nos refiere Mateo, es posible captar algunos criterios adecuados para aclarar el concepto, tan actual, de *inculturación de la fe*.

Ante todo, es preciso predicar a los hombres de todas las culturas el *Evangelio*, es decir, el misterio de la salvación que Cristo confió a la Iglesia. Las naciones que se convierten a Cristo y se adhieren a él en la fe son "bautizadas", esto es, son confirmadas en su identidad más auténtica y, al mismo tiempo, quedan penetradas por la inspiración vivificante de la fe, hasta el punto de que el don de la gracia, custodiado en corazones humildes y dóciles, se hace gradualmente parte de la vida personal, familiar y social: es decir, *se transforma en cultura cristiana*.

En este proceso -que jamás es sencillo y que, a veces, angustia (Mc 8, 34 ss.)- el Señor Jesús asegura el apoyo y la confortación de su presencia diaria mediante el don incesante de su Espíritu.

Recordar la primigenia índole misionera de la Iglesia significa testimoniar esencialmente que *la tarea de la inculturación*, como *difusión integral del Evangelio* y de su consiguiente adaptación al pensamiento y a la vida, *sigue aún hoy* y constituye el corazón, el medio y el objetivo de la "nueva evangelización". Para una tarea tan elevada resuena siempre la promesa de Jesús: "Y he aquí que yo estoy con vosotros", allí donde la palabra y los signos del Evangelio encuentran al hombre de cualquier edad, condición y cultura: "Yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo" (Mt 28, 20).

La tarea de la catequesis

3. Muy oportunamente, pues, el Consejo internacional para la

catequesis ha elegido y desarrollado como tema de su octava sesión: "Inculcación de la fe y lenguaje de la catequesis".

Como habéis dicho hace un momento, sois conscientes de la complejidad del problema, pero también habéis puesto de relieve, junto con las dificultades que entraña, el compromiso renovado de personas y comunidades, a fin de que el evangelio de la salvación, gracias a la catequesis, se anuncie y se reciba por lo que es en sí mismo: pan de vida, que todas las culturas pueden asimilar.

Vaya, por tanto, mi agradecimiento a todos vosotros: a los superiores y a los oficiales de la Congregación para el clero, y a los miembros del COINCAT: a mis hermanos obispos, a los sacerdotes, a los religiosos y a los laicos, y a cuantos han colaborado para el éxito de esta sesión.

4. En la exhortación apostólica *Catechesi tradendae*, recogiendo las enseñanzas del Magisterio acerca de la inculcación del mensaje cristiano, escribí: "De la catequesis, como de la evangelización en general, podemos decir que está llamada a llevar la fuerza del Evangelio al corazón de la cultura y de las culturas. Para ello, la catequesis procurará conocer estas culturas y sus componentes esenciales; aprenderá sus expresiones más significativas, respetará sus valores y riquezas propias. Sólo así se podrá proponer a tales culturas el conocimiento del misterio oculto (cf. *Rm 16, 25; Ef 3, 5*) y ayudarles a hacer surgir de su propia tradición expresiones originales de vida, de celebración y de pensamiento cristianos" (n. 53).

Por consiguiente, si entre las tareas de la catequesis figura la mediación en el proceso de inculcación de la fe, de aquí deriva que una condición indispensable para que la semilla de la palabra de Dios brote y madure en el terreno bueno es la modalidad de la siembra y la capacidad del sembrador; es decir, el servicio de la catequesis y del catequista.

La siembra de la Palabra

Jesús, la Palabra de Dios que por obra del Espíritu Santo se encarnó para nuestra salvación, gracias al poder del mismo Espíritu, sigue hablando en la Iglesia y por medio de ella el lenguaje de la reconciliación y de la paz.

Como enseña la experiencia de Pentecostés (cf. *Hch 2, 1-13*) y proclama Pedro en su discurso (cf. *ib. 2, 14-41*), el catequista no deberá

olvidar nunca que en la inculcación de la fe obra el misterio de la encarnación de la Palabra, el misterio de la muerte y la resurrección de Cristo. Esta certeza es anterior y constituye el fundamento de todo proceso humano y legítimo de interpretación, explicación y adaptación.

¿De qué valdría, en efecto, el uso más sabio y pedagógico de los medios de comunicación, que la ciencia y la técnica nos ofrecen hoy, si no transmiéramos el evangelio de la muerte y la resurrección de Cristo?

Sólo quien lleva en sí, en su interior, la verdad de Cristo hasta el extremo de ser "prisionero" de ella como el Apóstol (cf. *Ga 1, 10*), puede hacer "cultura en Cristo", o, como decía Pablo, "reducir a cautiverio todo entendimiento para obediencia de Cristo" (2 *Co 10, 5*).

La IV Conferencia CELAM

5. Por otra parte, tantos siglos de historia misionera, a partir del primer encuentro del Evangelio con los gentiles, testimonian que el proceso de inserción de la Iglesia en las Culturas de los pueblos requiere mucho tiempo.

Me complace recordar aquí, a este propósito, la evangelización de América, cuyo V Centenario celebramos precisamente este año. Los obispos latinoamericanos tendrán en Santo Domingo -dentro de pocos días- su cuarta Asamblea plenaria. Con mi participación en un aniversario tan significativo quiero no sólo confirmar en la fe a mis hermanos en el episcopado, catequistas por excelencia de ese continente, sino también alentar a todos los catequistas, sacerdotes, religiosos y laicos en la nueva evangelización de las culturas latinoamericanas. Es preciso llevarla a cabo en continuidad prudente con la primera evangelización que, "con deficiencias y a pesar del pecado siempre presente" (*Documento de Puebla, 445*), supo marcar profundamente la cultura de esos amados pueblos.

Estoy seguro de que otros aspectos del proceso de inculcación, que he tratado en la encíclica misionera *Redemptoris missio*, encontrarán plena aceptación en vosotros, llamados a difundir la experiencia de una catequesis incansable, de alcance mundial. Y estoy seguro, también, de que vosotros, expertos en catequesis, sabréis destacar la vasta gama de servicios que el nuevo *Catecismo de la Iglesia católica* puede ofrecer con vistas a la inculcación, la cual, para ser eficaz, nunca puede dejar de ser verdadera. La Congregación para el clero debe trabajar con todos los medios que estén a su alcance para favorecer la aceptación y el uso recto